AUCA

REVISTA LITERARIA Y ARTÍSTICA

Melancolía - Omar Arráez

Cuadernillo del pintor alicantino Omar Arráez con poemas aucanos inspirados en sus obras

Asociación Cultural AUCA de las Letras
Fundada en 2003
Revista Cuatrimestral

Nº 41 - Noviembre 2017

AUCA

© De los textos e imágenes, los autores

Coordinación : Manuel Parra Pozuelo

Consejo de Redacción : Manuel Parra Pozuelo, Juan Ramón Prieto

Consejo asesor : Adolfo Celdrán, Luis S. Taza, Mª Rosario Mohinelo, Trinitario Rodríguez, Lucía Espín, Julia Díaz Climent, Francisco Poveda, Condevolney, Mercedes Rodríguez, ..Julián van Quekelberge y Alfonso Rodríguez.

Colaboradores : Ramoncita Ruiz, Eva Ramona Martínez, Manu Villalba, Julián Gómez de Maya, José Manuel Sanrodri, Ramón García Pedrera.

Maquetación : Mercedes Rodríguez
Diseño de portada : Condevolney
Delegada de Ventas : Lucía Espín
Depósito Legal : A-469-2004
ISSN : 1697-9877

Ilustración de la portada : Melancolía, *de Omar Arraez*

Imprime : Gráficas Cervantes

Correspondencia:

mparra@postalvia.com
ahmati52@gmail.com
aucaalicante@gmail.com

Las personas interesadas en posibles colaboraciones, deberán dirigirse a nuestras direcciones de correo electrónico o postal para solicitar las normas de estilo de AUCA y enviar sus escritos inéditos, en prosa o en verso, que en ningún caso serán más de dos, con arreglo a estas normas, a las direcciones que se indican. El consejo de redacción decidirá, en todo caso, sobre la pertinencia de su publicación.

La revista Auca no comparte necesariamente las opiniones vertidas en sus páginas siendo los contenidos responsabilidad exclusiva de los autores

INDICE

AUTORES	TEXTOS	págs
Juan Ramón Prieto Jambrina	Presentación	2
Luis S. Taza	A mi Alba	3
	Bola de Oro, Plaza del Sol	4
	El desagüe de mi memoria / Amor cómplice	5
Juan Ramón Prieto Jambrina	Ramón Pérez de Ayala, poesía trascendente	6
	La madre Tierra / Brujo	10
	Miguel Hernández, poeta reivindicativo	11
Francisco Poveda	Una madre es una madre	12
	La fiera / Fanatismo	13
	Incomprensión	14
Adolfo Celdrán	Mi abuela Eva	15
	Génesis (Versión cheli y pasota)	16
	El saber no ocupa lugar	17
	Un culo de corazón	18
Condevolney	Amor	20
	La muda	21
	Para no quedarse sin suspiros / Vas a volverme loco de amor	22
Julián van Quekelberge	Aquel árbol	23
	La trampa	24
	Sodoma y Gomorra	25
	Claro de luna	27
Alfonso Rodríguez Sapiña	¿Por qué no venís a visitarme	29
	Me comeré mis palabras	30
	Ernesto Ché Guevara al ser asesinado / No te rindas	31
Francisco Alonso Ruiz	Homenaje a Borges	32
	Las preguntas	33
	Lo que sé de la boca	34
	Pequeños poemas (pensamientos y sentimientos)	35
Trinitario Rodríguez	Para la libertad	36
	Cumpliendo años 1 / Cumpliendo años 2	37-38
	Como un terrón	39
Mercedes R. García-Olías	El guitarrista de Estrasburgo	40
	Semanario de los dioses paganos	43
	Vive corazón / Bruma marina	44
Julia Díaz Climent	Mediterráneo	45
	Gracias por ser río y universo	46
	Dime	47
	Tengo la decisión y el miedo	48
Manuel Parra Pozuelo Lucía	Difícil trayectoria / Antropocénica	49
	Las primeras obras de Miguel Hdez. y su ruptura con R. Sijé	50
Espín	Versos de Miguel junto a los míos/ A pesar de los años…	51
	Conjuro al silencio	52
Varios Autores	CUADERNILLO DEDICADO AL ARTISTA OMAR ARRÁEZ	53-64
Julián Gómez de Maya José	Andando y pensando	65
Manuel Sanrodri Manu	Desalojando los sueños de la noche	66
Villalba	Entre lo nuevo y lo que ya fue dicho	67
Ramón García Pedrera	El niño que se perdió en un sueño	68

PRESENTACIÓN

Presentamos un nuevo número de la revista AUCA, el 41. Como en los anteriores, estará compuesto de contenido literario, tanto poético como en prosa, y con la inclusión de un cuadernillo dedicado al artista plástico alicantino Omar Arráez. Los cuadros aportados por el pintor invitado e incluidos en la revista, aparte del que forma la portada, son cinco, sobre los cuales nuestros poetas aucanos han añadido sus respectivos poemas. Las colaboraciones incluidas son cinco: cuatro poemas y un relato corto; para ellos nuestro más sincero reconocimiento.

En este caso, hemos de indicar una novedad en la forma de presentar los trabajos, y es que cada autor de los socios aucanos, irá seguido de las distintas composiciones que haya aportado en este número, acompañado de una somera descripción de las características que suele presentar en su expresión creativa. Pensamos que ello supone una más fácil comprensión del ámbito en el que el artista suele manifestarse literariamente.

Siguiendo esta misma idea de generalización temática y estética, me he permitido -a sabiendas de la dificultad y el peligro que ello supone de caer en el subjetivismo al tratar de interpretar un texto poético-, recoger las ideas que he creído representativas de las creaciones incluidas en el número, de cada uno de los autores, que son los siguientes.

Luis S. Taza. Canto a la vida, *"A mi Alba";* recuerdos**,** tal vez de niñez, **"Bola de oro, Plaza del Sol". *Juan Ramón Prieto***. La poesía trascendente en Ramón Pérez de Ayala (crítica literaria); la maternidad principio de vida y de amor. Amor a los demás en clamor reivindicativo, ejemplificado en Miguel Hernández. (cuadro) "Mirada que traspasa" (verso). ***Francisco Poveda***. Madre no hay más que una, y el fanatismo, fiera de la incomprensión (prosa poética y verso). ***Adolfo Celdrán.*** Lección de antropología y versión "Chelí" del proceso creativo. La indecisión amorosa en la adolescencia (narrativa en prosa). ***Manuel Condevolney*.** Amor, fantasía, sueños, entre la duda y el absurdo, suspiros y ritmo de rock (verso) ***Julián V. Quekelberge.*** La muerte, el índice que nos señala el fin del segmento que marca la vida camino de la eternidad. Leyendas que pintan la realidad de fantasía haciendo más soportable la miseria. Manifestarse tal como eres es garantía de supervivencia existencial y eficacia (prosa). ***Alfonso Rodríguez Sapiña.*** Palabras: altavoces del ser ¿salen de mí? ¿O es mi yo quien las necesita? Cuando la palabra se traduce en hechos, valen si encuentran a quienes están ahí; ejemplo de profeta humilde lo tenemos en el Ché. (cuadro) **"**No se sabe si allá lejos**".** (verso). ***Francisco Alonso.*** Preguntas sin respuestas. Vivir es un continuo preguntar por el sentido de la vida pero nadie le da la respuesta. La discapacidad puede convertirse en un aliciente de creatividad por la fantasía; Borges, coleccionista de esperanza. ***Trinitario Rodríguez.*** Lucha por la libertad; el "yuntero" vive para sacudirse la albarda de la miseria mirando con desafío a su explotador, sea éste el terrateniente o el gobierno. ***Mercedes R. García-Olías.*** Lucrecia, mujer apasionada, gusta de pasear con Julián en primavera y verano. Julián, camino de Madrid, se encuentra con el "miles gloriosus", legionario aventurero y follador que le recuerda a su abuelo, superviviente de la guerra de Cuba, cuyas cicatrices en "los bajos", eran producto de su navegar por los procelosos muslos de las cimarronas, mulatas y criollas caribeñas. ***Julia Díaz Climent***. Mediterráneo, ¿cómo no temerte y cómo no amarte? Entre los abominables que rigen los pueblos, por muy incorrectamente político que sea, no puede por menos de amarlo cuando extiende su mirada en el entorno de su casa y ve a su mujer, hermana, madre o hija. Es posible que sólo sea un sueño, "pero crecí enamorada y fiera". ¡Gracias por ser río y universo!" (verso) ***Manuel Parra Pozuelo.*** Semblanza de Miguel Hernández (crítica literaria). Tú, Manuel, "eres tú el que te espera". "Lo demás sobra. El hombre ha conseguido hacer la tierra a su imagen. Manchada y vieja: "Antropocénica" (verso). ***Lucía Espín.*** Su voz quiere unirse a la de Miguel Hernández. La vida puede consumir el cuerpo, pero no el alma. (cuadro) "Mensajes en el rostro" (verso).

Nuestros colaboradores poetas. ***Julián Gómez de Maya:*** "Andando y pensando"; ***José Manuel Sanedrín:*** "Desalojando los sueños de la noche"; ***Ramoncita Ruiz Moreno****: "Ríete";* ***Manu Villalba***: "Entre lo nuevo y lo que ya fue dicho"; ***Ramón García Pedrera (***niño de diez años): "El niño que se perdió en un sueño".

Para unos y otros, nuestro más sincero agradecimiento por la tan amable acogida que vienen teniendo para con nuestra revista. ¡Muchas gracias.

Juan Ramón Prieto

RECOPILACIÓN DE TEXTOS DE LOS POETAS Y ESCRITORES AUCANOS, MIEMBROS DE LA ASOCIACION CULTURAL AUCA DE LAS LETRAS.

LUIS S. TAZA

El poeta es un enamorado y amante de la belleza femenina, de todo lo bello, pero sin olvidar el revés de la moneda, la condición humana de los que sufren y penan. Amante también de los barrios de la ciudad de Alicante, de sus rincones y tradiciones. Nos ofrece cuatro poemas donde hilvana gozos, penas y memorias.

"A mi Alba" (Canto a la vida nº 8)

En la cuna de la luna el Alba estaba,
en su cama de blancas nubes, algodonosas y blandas.

Mas ella no despertaba ¡ni aunque el Sol la llamara!:

-"¡Despierta mi niña hermosa, que quiero iluminar tu mirada!"

… Pero ella dormía, soñando con su mañana;
recogiéndose entre las flores amarillas, azules y granas.
Volando con las alegres palomas,
bailando con las divertidas garzas,
jugando con enanos que festejaban sus chanzas.

En la cuna de la luna mi Alba estaba,
en sus ojos la eterna alegría,
y en su permanente sonrisa…. Mi alma.

Bola de Oro, Plaza del Sol

Plaza del Sol, Bola de Oro,
rayos luminosos de amarillo fulgor,
donde juegan los niños al balón,
y las madres pellizcan las meriendas.

Bola de Oro, Plaza del Sol,
dolorido arbolado de balonazos,
donde expertas canas caminan despacio,
y pasean la memoria de tiempos lejanos.

Plaza del Sol, Bola de Oro,
corretean los pequeños,
dan sus primeros pasos,
entre bastones de barro.

Bola de oro, Plaza del Sol,
¿cuántos pasearon, y no están ya
caminando en tu empedrado?
y guardas en tu memoria a los enamorados,
esos, que tanto se besan en los oscuros bancos.

Plaza del Sol, Bola de Oro,
primavera del verano entre acalorados saltos,
olores de pólvora y de sonoros petardos,
que respiras la vida entre infantiles sobresaltos.

Bola de Oro, Plaza del Sol,
te llevaré siempre en mi recuerdo,
porque formas parte de mi futuro, de mi pasado,
y estás en mi presente vida de enamorado.

El desagüe de mi memoria

El desagüe de mi memoria,
se rebosó de tristezas:
de hilillos de penas,
y de duras traiciones.

Probé con botellas de amores;
con alegres desatascadores,
con sonrisas hechas de cables,
con palabras eficientes y versos,
para que ayudaran a poder olvidar.

…Pero nada me funcionó, todo salió mal;
el pasillo inundado de sin sabores,
de amarguras y de inquieta soledad,
avanzando con rapidez y sin piedad.

Extendí, pues, las toallas del alma,
esas que secan nuestras miserias,
después de un baño de aguas claras
y de aparente virginidad.
Esas que también tendemos
al sol de nuestra verdad,
esas que son enseña personal
de nuestra herida dignidad.

Y seco el firme suelo donde piso,
ante el temor de que se filtre en mí mismo,
dejándome el corazón más que partido, muerto,
muerto de pánico, muerto de miedo.

Y me digo: habrá que llamar a un “profesional”,
a ver si éste, con su sabiduría, lo puede arreglar.

Amor cómplice

¿Sabes? Me encuentro donde me doy:
Entre mundos antagónicos, distintos.
en cielos despejados o cubiertos,
entre jardines frondosos y secos desiertos,
entre tiempos añorados y tiempos venideros.

Medió el amor en el silencio.
Mi silencio y tu silencio.

¿Sabes? Me encuentro sin sombra,
sólo tengo la tuya… y es tan bella;
… que es mi camisa o mi manta,
donde mis dulces sueños
danzan felices con tu alma.

Medió el amor en el silencio.
Mi mirada y tu mirada.

¿Sabes? Será mi soledad,
… está tan enamorada, que te echa a faltar,
pero que calla, no dice nada,
por despertar a este corazón,
que, así, callado y triste, se desangra.

Medió el amor en el silencio.
Y el silencio contestó: beso con beso, mirada a mirada.
Cómplices de un amor, oculto, pero claro, entre sus gruesas ramas.

Juan Ramón es un pensador nato, una persona que reflexiona, y con la misma naturalidad, ensaya profundizando sobre la obra de nuestros grandes poetas, o poetiza, con pasión no exenta de serenidad, sobre el paisaje, las cosas, los objetos que nos acompañan. De ello, nos ofrece aquí cuatro obras.

RAMÓN PÉREZ DE AYALA, POESÍA TRASCENDENTE

I. Trascendencia.

Este concepto filosófico se refiere a uno de los temas más importantes dentro de la filosofía y al que los pensadores de todos los tiempos le han dedicado más tiempo. El hombre, en sus continuas reflexiones sobre su estar en el mundo, siempre se ha preguntado por lo que hay más allá de su propia existencia y su formar parte de esa realidad que se llama el ***"yo".*** La poesía, también ha ocupado mucho de su quehacer poético a la consideración de ese universo en el que se *"trasciende"* el propio yo y el sentimiento de estar colocado frente a *"lo otro".* Verdad es que no toda poesía sale del propio yo sino que, unas veces se cierra en los sentimientos que le inundan, con independencia de lo que hay más allá de su propia realidad; sería la poesía ***intimista.*** Otras veces el desbordamiento del yo, sólo llega al horizonte de otro yo que se encuentra en íntima relación con él; estaríamos en el caso de la poesía ***amorosa***. Una mayor ampliación del **yo** que abarque a toda la especie humana, nos colocaría en la poesía ***social.*** Cuando el poeta hace de su horizonte de contemplación a todo el Cosmos y es capaz de ver a todo lo que hay en él como elementos componentes suyos e íntimamente relacionados entre sí, es cuando nos encontramos con ***la poesía trascendente;*** el elemento de expresión poética, entonces, ya no es ni el "**yo**", ni el **"tú"** ni el **"hombre",** sino que, en completa trascendencia, toma por campo de consideración al ***ser",*** materia de la ***metafísica.*** Algo que es mucho más impreciso, pero, a la vez, mucho más misterioso, mucho más rico y mucho más bello. Pablo Neruda, refiriéndose a la importancia de la poesía para moverse en semejante ámbito, considera que la realidad trascendente sólo es captable, decible, desde el decir poético porque *"el decir poético dice lo indecible".* Y *"sólo desde un tipo de poesía Interiorista* – precisará su comentarista, Fausto Leonardo Henríquez, *se puede entrar en el ser."*[1] Ya Aristóteles llama a la "Metafísica", "primera filosofía", con ámbito mucho más extenso del que va a abarcar en la moderna filosofía. Kant, principal tratadista sobre este sentido más restringido de la metafísica, viene a decirnos que la verdadera validez que podemos dar a nuestras afirmaciones –juicios- sobre esa realidad que tenemos enfrente, sólo la obtendremos a través de lo que él llama: **juicios sintéticos a priori,** en los que se combina la afirmación o juicios sobrevinientes a la experiencia (*sintéticos*) y la que existe en el hombre con anterioridad a cualquier contacto con la realidad (*a priori*).

Cuando el poeta se dedica a expresarse sobre este universo de lo trascendente, se va a valer –en mi opinión- además de esos dos tipos de juicios (sintéticos y a priori), de un tercer elemento cognitivo que le proporciona lo que yo suelo llamar la *visión aquilina de la realidad*[2]*,* según la cual el contacto inmediato con ésta le proporciona, desde esa perspectiva aquilina, la evocación de otras experiencias acumuladas en su acervo sensorial-afectivo, en base a las cuales va a elaborar la expresión poética, que, a su vez, pretende suscitar una reacción similar en el receptor de ese mensaje poético. El poeta trascendente, parte de la realidad que se le

[1].-FAUSTO LEONARDO ENRÍQUEZ. Octavio Paz y el umbral de lo trascendente. (27/09/2.010) La experiencia de lo sagrado es una revelación de nuestra condición original.

[2].- JUAN RAMÓN PRIETO JAMBRINA, "*Visión aquilina de la realidad. Así es como la ve el poeta"* . Vid. AUCA, Nº 38, pp. 41-43.

presenta, pero, iluminado por esa visión cósmica que le proporciona *la visión aquilina,* será capaz de trascender la individualidad para buscar ese todo que, en definitiva viene a identificarse con todo lo que es; donde, a su vez, alcanzan la convergencia las verdades parciales, piezas de ese puzle Cósmico que es ***LA VERDAD.***

II.- Ramón Pérez de Ayala. Un poeta hoy poco conocido.

El poeta al que quiero referirme en las presentes consideraciones, en su tiempo fue no sólo muy conocido sino reconocido como uno de los principales intelectuales, escritores y hasta sujeto protagonista de la realidad social y política en las tres primeras décadas del pasado siglo[3]. Hoy, en cambio, no es fácil encontrar, salvo en los estrictos círculos de la crítica literaria, a quienes le resulte familiar esta interesante personalidad literaria y poética. Unos breves datos biográficos parece, por tanto, necesario traer a la memoria para que nos pongamos en situación de lo que nos proponemos tratar en estas líneas[4]. Una vez que he dejado, en nota a pie de página, una amplia bibliografía referida a la biografía de nuestro autor, ahora me limitaré a dar un brevísimo repaso a los datos más representativos de la misma para que se pueda entender mejor su personalidad literaria y humana, base indudable de su actividad poética.

Nace el 9 de agosto de 1880 en Oviedo; fallece el 5 de agosto de 1962, en Madrid. Su padre, D. Cirilo, es oriundo de Tierra de Campos, Valdenebro de los Valles, de la provincia de Valladolid[5]; fue un comerciante de textiles que, al final, caería en una quiebra económica con un final trágico culminado en el suicidio. Nuestro autor había perdido a su madre, doña Luisa, en su primera infancia quedando al cuidado directo de una dueña a la que se hallará siempre muy unido. Esto y el tener que pasar gran parte de su mocedad interno en colegios de jesuitas, influirán en él tanto en una significativa carencia afectiva como en un recalcitrante anti jesuitismo que se verá reflejado, sobre todo, en su novela A.M.D.G. (lema de la Compañía de Jesús: *a maiorem Dei gloriam).* En Oviedo estudia derecho bajo la protección del profesor Leopoldo Alas Clarín, y es allí donde tomará contacto con distinguidos krausistas, como Rafael Altamira, Adolfo Posada y otros. Su paisano Pedro González Blanco le pondrá en contacto con los *modernistas* de Madrid: Benavente, F. Villaespesa, Gregorio Martínez Sierra, J. Ramón Jiménez, Valle-Inclán y Azorín. En 1903, junto con G. M. Sierra y María Lejárraga, forma la importante revista *Helios.* A partir de 1904, empieza a colaborar en distintos periódicos como ABC y El *Imparcial, y* tres años después se va a Londres, huyendo de la polvareda que había levantado la publicación de su novela *Tinieblas en las cumbres.* Viajaría por Francia, Italia, Inglaterra, Alemania y Estados Unidos, siendo corresponsal de guerra para *La Prensa* de Buenos Aires en la Primera Guerra Mundial. Junto a Ortega y a G. Marañón, firmará el manifiesto *"Al servicio de la República".* La República lo nombraría director del Museo del Prado y, en 1932, su embajador en Londres. Dimitiría de este cargo en junio de 1936 y se exilia a Francia con el inicio de la Guerra Civil Española. En el destierro viviría, sucesivamente, en París, Biarritz y Buenos Aires, donde sería un habitual colaborador de la *Prensa de Buenos Aires.* Una serie de desgracias familiares (suicidio de su padre, amputación de una pierna del hijo menor y muerte del mayor) le sumirán en una depresión que, prácticamente, quedaría alejado de la obra de creación literaria, limitándose a colaboraciones en algún periódico (concretamente en el ABC), hasta que unos días antes de cumplir ochenta y dos años, moriría. (Por razones de brevedad, estos datos biográficos se han tomado de la enciclopedia virtual Wikipedia).

III. Encuentro de generaciones poéticas. Generación de los intelectuales.

No todos los críticos se ponen de acuerdo a la hora de colocarlo en una de las dos conocidas generaciones: ***la del 98*** *(noventayochistas*) y la ***del 14*** (*novecentistas*). Personalmente creo que encaja mejor en la segunda, conocida también como "*Generación de los intelectuales",* si bien no faltarán en él notas aplicables a la otra, por otra parte, prácticamente coincidente en el tiempo. Entre los argumentos que me inclinan a incluirlo en ella, destaca la idea, común a toda ella, de formar parte *del proyecto de regeneración* nacional, basado en el empeño

---

[3].- Para ver la importancia del autor como protagonista literario de la época, cf. La extensa bibliografía que sobre su personalidad y obra se puede ver en JUAN RAMÓN PRIETO JAMBRINA, "*El humanismo armónico de Ramón Pérez de Ayala",* Universidad de Alicante, 1998, págs. 249-269.

[4] .- Para consultar datos sobre la vida y personalidad de nuestro autor, vid., entre otros. MIGUEL PÉREZ FERRERO, *Ramón Pérez de Ayala".* Publicaciones de la Fundación Juan March. Guadarrama, 1.973; FRANCISCO AGUSTÍN, *"Ramón Pérez de Ayala: su vida y sus obras",* Madrid, 1.927; del mismo autor: "*Con Pérez de Ayala en el Oviedo de su infancia y primera juventud"*, en *Mundo Hispánico, (1.969), nº 253, págs. 63-66;* JOSÉ LUIS CANO, "*Ramón Pérez de Ayala: Divagaciones literarias"*, en *Ínsula*, Madrid, 1958, nº 141; JULIO CEJADOR, "*D. Ramón Pérez de Ayala"*, en *De la tierra,* Madrid, Jubera Hnos., 1914, págs. 243-251; ERNEST ROBERT CURTIUS, "*Ramón Pérez de Ayala"* en *Ensayos críticos acerca de Literatura europea,* Seix Barral, Barcelona, 1959, págs. 109-123; GARCÍA NIETO, *"Ramón Pérez de Ayala"*, en *Cuadernos del Norte*, (1980), tm. 1, nº 2, junio-julio págs. 65-100. Entre otros.

[5] .- La referencia a su raigambre castellana se verá en no pocos de sus poemas; especialmente significativo será el que titula "*Los buhoneros",* dentro del título genérico: *Castilla. (Renacimiento, tm. XIV, "El sendero andante",* pp. 205-207).

de culturizar a la sociedad española, como forma de elevarla a la altura del resto de los países del entorno europeo –no podemos olvidar la percepción pesimista que las pérdidas coloniales han provocado en el ambiente político finisecular, traducido al mundo intelectual y literario, fondo del cual se nutriría la **Generación del 98**.[6] Sobre esta base común a toda ella, cabe destacar, en el caso de nuestro autor, como características especiales, la de una sensibilidad poética mucho más acusada, lo que le llevará a escoger como instrumento más adecuado para esa labor regeneracionista, la educación de la sensibilidad estética, lo que considerará como paso previo y necesario para la concienciación social y política. Otra característica destacable en la singularidad de R. P. de Ayala –aunque no sea única en los miembros de la generación- se refiere al componente educativo que podemos concretarlo en estos puntos esenciales, que van a ahormar de forma significativa su quehacer literario y poético: predilección por los clásicos, reducto de sus años juveniles en contacto con los jesuitas y una verdadera devoción por las ideas krausistas, sin duda fruto del contacto en la Universidad de Oviedo con su admirado profesor Leopoldo Alas Clarín.

En su incursión en el campo político, posiblemente es donde haya que encontrar esa *"malquerencia"* -en la consideración popular más que de la crítica post-bélica- que le ha llevado a un injusto olvido dentro de la pléyade de literatos y poetas de su tiempo. Repudiado por el bando de los vencedores de la Guerra Civil, al ser considerado como co-precursor, con Ortega y Marañón, de la segunda república (autores del manifiesto "*Agrupación al servicio de la República"*); a los ojos de los vencidos, por su parte, su posicionamiento durante la contienda, será considerado como una imperdonable traición a la idea republicana. Si, como decía, Ayala ha sufrido un inmerecido olvido popular en el ranquin literario de los de su generación, no resulta lo mismo en cuanto a la crítica y sobre todo la de su tiempo; concretamente, Víctor García de la Concha, sin lugar a dudas el mejor conocedor de la obra poética de R. P. de Ayala, en su tesis doctoral, hace un importante estudio sobre la obra poética de nuestro autor, en la que podemos ver plasmada la opinión de ilustres críticos y poetas de su tiempo y posteriores. Haciendo una somera enumeración de éstos, en la monografía apuntada, señalaremos: Juan Ramón Jiménez (pág. 36); Rubén Darío (pág. 37); Ortega y Gasset (pág.38), Antonio Machado (pág.40); Ramiro de Maeztu (págs. 41-42); Azorín (pág. 42); Rafael Cansinos Assens (pág. 43); Salvador de Madariaga (págs.43-45); Enrique Díez Canedo (págs. 47-48); Federico de Onís (págs. 48-49); César Barja (págs. 49-52); Guillermo de Torre (págs. 52-53); Ángel Valbuena (págs. 53-54); G. Torrente Ballester (págs.54-55); García Mercadal (pág. 55). [7]

Se trata de una época –conocida como *"Siglo de plata"* de la literatura española-, donde la riqueza de figuras que brillan en la esfera literaria y, concretamente, poética, es tan grande que inevitablemente surgirá la multiplicación de etiquetas que pretendan encuadrarlos y, consiguientemente, la dificultad de colocar a cada uno en la suya sin que haya que hacer precisiones que los hagan coincidir en puntos concretos con alguna de las otras. Valbuena Prat dirá de Ayala que, procediendo de **98**, lo supera y remoza colocándose como figura intermedia entre ésta y **la nueva literatura.** Cernuda lo considera **noventayochista** asociándole a un segundo grupo junto con A. Machado y Juan Ramón, tras el primero formado por: Unamuno, Valle-Inclán, Azorín, y Baroja. Salinas es del parecer que, junto con Ortega, prolonga, con algunas modificaciones, el espíritu del **98**. Se trataría de la llamada **Generación Novecentista**, que para Torrente Ballester –que es quien más detenidamente se ha ocupado de este grupo literario- estaría formado, además de R .P. de Ayala, por: D`Ors, Ortega, Américo Castro, Morente, Madariaga, Marañón, Miró y Gómez de la Serna. Para este crítico, los novecentistas coinciden temporalmente con los noventayochistas pero ni son lo mismo ni aquéllos deben nada a éstos, que tendrán una influencia histórica y social mayor que los primeros. Para los poetas novecentistas el **Modernismo** es algo en lo que han entrado pero de lo que fácilmente pueden salir. Concluye T. Ballester que los novecentistas forman una generación de pensadores más que de poetas.

IV.- P. de Ayala, cofundador de "Helios"[8], Manifiesto del nuevo modernismo.

Ayala ha bebido en el mejor Modernismo traído de los simbolistas franceses y bellamente representado por el maestro Rubén Darío. Cuando el modelo ha caído en flagrante degeneración, convertido en pobre e insulsa artificiosidad, unos jóvenes intelectuales, pretenden erigirse en cultivadores de una belleza viva; que sale de dentro, como nos dirá el propio Ayala en nº I de la nueva revista "*Helios",* de la que él mismo, junto con otros, es cofundador. "*A la antigua concreción machacona y vulgar en la métrica, de un pensamiento prosaico, ha*

[6] .- Vid. JUAN RAMÓN PRIETO JAMBRINA, *"El humanismo armónico de Ramón Pérez de Ayala"*, ed. Cit., pág.1. Para tener una completa noticia de la cuestión que nos ocupa, vid. Op. Cit., Nota 1. Sobre los postulados, componentes y predicamento dentro de la intelectualidad del momento en que aparece la "*Generación del 14"*, ibíd. Nota 2.

[7] .- VÍCTOR GARÍA DE LA CONCHA, "*Los senderos poéticos de Ramón Pérez de Ayala",* Archivum*, Tomo XX, Enero-diciembre 1970.* Las citas de esta obra corresponden a la paginación de la edición reseñada.

[8] .- JUAN RAMÓN PRIETO JAMBRINA, *El humanismo armónico de Ramón Pérez de Ayala.* Op. Cit. Vid. Notas 73,74 y 75, págs. 41 y 42.

sustituido el poema simbólico que tiene iniciaciones de sentimientos inefables, nebulosidad evocadora de música, y entraña bajo las gráciles ondulaciones rítmicas conceptos universales, no por abstrusos menos poéticos"[9]*.*

El proceso seguido en la creación poético-literaria de Pérez de Ayala lo podemos señalar en los siguientes elementos. Toma las formas –estrictamente ajustadas a la más pura norma estética- del simbolismo; recoge el objeto regeneracionista de los noventayochistas. Se apoyará en su formación clásica para alimentar su lenguaje de una gran riqueza léxica, generosamente sembrada de cultismos, así como de arcaísmos recogidos de nuestros clásicos, y, arropará a esos elementos en la idea matriz krausista de **la *armonía cósmica,*** asumida en las aulas de la Universidad de Oviedo, por él calificada de "*Atenas española". T*odo ello estimulado por una influencia étnico-afectiva donde predomina la nostalgia de una infancia falta de afectividad y profundamente cincelada en experiencias, vividas o imaginadas, dentro de un escenario decorado por la naturaleza de su querida Asturias. En definitiva, lo que pretende es encontrar y comunicar la respuesta a esa interrogante básica sobre la existencia del hombre y su sentido en la vida. A ello se puede llegar –dirá Ayala- por una doble vía: por la *sintética,* mediante la percepción poética de la realidad vital por debajo de la realidad cotidiana, y mediante la ***analítica,*** a base de acercar esa experiencia a la realidad más dura y cotidiana, mediante la expresión narrativa. En ambos casos se trata de salir del yo personal para, ampliando el horizonte individual, llegar a colocarse lo más cerca posible de la Verdad total, de forma que lleguemos a sentirnos partícipes de ella reconociéndola como nuestra Verdad.[10] Ayala pretende reunir toda su obra literaria dentro de un proyecto perfectamente pensado donde el material narrativo y el poético, propiamente dicho, sean dos vertientes de una misma expresión de esa visión cósmica a la que antes me refería. Será en sus *Novelas poemáticas* donde más claramente se puede ver esta simbiosis entre esas dos vías que se puede seguir para llegar a ese único fin: el conocimiento de la verdad.

Su obra exclusivamente poética, viene recogida en tres poemarios: *"La paz del sendero", "El sendero andante"* y *"El sendero innumerable"*. Ya por el propio nombre que los une "sendero", llama a la consideración del discurrir del hombre por esa vida que en ocasiones es gozosa y otras tortuosa, pero que siempre conducirá al mismo puerto; se apoyará en la naturaleza o en las cosas más insignificante y cotidianas para, desde ahí elevarse a consideraciones "**trascendentales".** En este sentido tendrá lugar la frecuente personalización de esas cosas inanimadas[11]. En cuanto a la poesía de Ayala, V. García de la Concha, refiriéndose concretamente a *"El sendero andante",* que es donde más claramente manifiesta esa nueva dirección de la poesía que supera al modernismo y se encamina hacia la experiencia vital, la coloca entre la poética de Campoamor y la poesía de Unamuno –por cierto gran admirador de ambos-. De la Concha califica a la poesía de R. P. de Ayala de "*poesía intelectual"*, y el término pretende ser una forma de calificar al tipo de poesía ayaliana al modo como se habla de *"poesía de ideas"* para referirse a la poesía de Unamuno o de Campoamor, o *"poesía filosófica"* aplicada a Quevedo y Calderón, o en general a la poesía de nuestro Siglo XVII, o "*poesía metafísica"* cuando queremos referirnos a las *"coplas de Jorge Manrique", "epístola a Arias Montano"* y la *"Epístola Moral a Fabio".*

---

[9] .- Ibíd. Pág. 42.

[10] .-JUAN RAMÓN PRIETO JAMBRINA, op. Cit. Nota nº 71. **Reconocimiento**, "*que es la reintegración humilde del individuo en la norma universal, de lo más próximo a lo más remoto, en ámbitos de más universal perímetro cada vez, [a la que] se puede llegar, ya sea por la intuición de la verdad, que es lo poemático, o bien por el análisis de la dura realidad y de las verdades amargas y presentes cotidianas, que es lo novelesco, espejo fiel de momentos transitorios y fluyentes en el cauce de un presente esencial"*. Prólogo a *Troteras y danzaderas,* Losada, Buenos Aires, 1942, pág. 18.

[11] .-*"Para mí, el hecho primario en la actividad estética, el hecho estético esencial es, yo diría, la confusión (fundirse con) o transfusión (fundirse en) de uno mismo en los demás, y aun en los seres inanimados, y aun en los fenómenos físicos, y aun en los más simples esquemas o figuras geométricas: vivir por entero en la medida de lo posible las emociones ajenas, y a los seres inanimados henchirlos y saturarlos de emoción, personificarlos*." Vid. *Troteras y Danzaderas*, en O, C. Aguilar, págs. 187-188.

La madre Tierra

Promesa de fecundidad
en oquedad femenina.
Promesa de vida en el silencio
que en la oscuridad germina.

En el fondo de la tierra.

Nido para la esperanza.
Telar que en silencio hilvana,
con su aguja laboriosa,
Naturaleza, su manta.

Semilla arrugada, insignificante.
Semilla que mañana, al aire, será árbol.
Raíz capilar, perdida allá en el fondo.
Raíz que más tarde se hará tronco,
número del robledal, bosque arrogante.

Claridad despertando de la sombra.
Claridad en superficie, reventando en vida.
Porque la floración promete el fruto.
Porque ya en el sepulcro, se adivina el día.

Brujo

Te pusieron por nombre, un día, Brujo.
Habías nacido en la órbita del Duende.
Hasta que Marte te tocó la frente,
tu madre, Estrella,
te cobijó en su vientre.

Con el destete, se te puso a prueba
de soledad, aislado en cuatro metros,
sin que pudieras ver siquiera las estrellas.
Así transcurrirían,
tus tres primeras hierbas.

Ansiedad y esperanza fue tu vida,
escuchando el relincho de tu madre
que, con ternura, te llamaba, desde al lado,
ofreciéndote, amorosa,
el calor de su regazo.

Eras ya adolescente cuando te encontré.
El bozo de la urgencia sexual ya florecía.
Te liberaste, en un descuido mío, de la reja,
poniendo a prueba mis nervios,
por temor a dónde irías.

Cuando creí que buscarías la hembra,
desbocado por la fuerza del instinto,
tu galope alocado, vestido de inocencia,
quedaba atemperado,
en maternal querencia.

La soledad se había fundido en tu recuerdo
y ahora, con ocasión de ya sentirte libre,
Naturaleza, en lugar de al semental,
reclama, como urgencia,
el calor siempre añorado, de tu estrella,
que iluminara, con maternal cariño,
sima de ausencia.

Miguel Hernández, poeta reivindicativo

Las palabras del poeta
son efluvios de su reja.
El alma se ha ido forjando
en la fragua de la vida
con el punto de dureza
que exija la sementera.

El aroma de su verso
toma el color de la llama
que devorará el rastrojo
ardiente desde su entraña.

Miguel, "niño yuntero"
que se prolonga,
en un hijo que arrulla
desde la sombra.
Lo amamanta su madre,
lejana y pobre,
con sangre de cebolla
"cebolla y hambre".

En la trinchera, Miguel
sueña para él un mañana
ya desuncido del yugo,
marcando su propia arada.

Piensa en su hijo,
por el que lucha,
con el puño cerrado,
y una paz justa.

Porque tiene que matar
si quiere un día
que la semilla sembrada
florezca en vida.

¡Poeta reivindicativo!
¿Y cómo no?
Si en esa dura fragua
le ha tocado sentir
el peso del martillo
de quienes chupan
el sudor de los parias
mientras los usan.

FRANCISCO POVEDA

Francisco aporta a esta revista una gracia y un humor que son característicos en sus relatos y prosas, y también nos regala de su quehacer poético tres poemas de factura clásica.

UNA MADRE ES UNA MADRE

¡Hala, ya está bien! Déjate de remilgos, Conchito, que la vida hay que aceptarla como tal, no como uno quisiera, que tampoco pasa na, y es de suyo adoptar las decisiones, si a ello hubiere lugar. Así que vamos niño, ponte el vestío de faralaes; sí, ese, el rojo con lunares blancos, el de tu hermana; y partamos hacia la Feria, a ver si te coloco, que ya son 47 años, y va siendo hora de que saques a pasear tu sonrisa y entierres de una vez la cara de funeral.

Digo esto, porque si el porvenir no se sabe y el presente no se puede adivinar, por qué no apuestas de una vez por ser mujer, teniendo ese talle de alfeñique que cualquier hembra querría; tu andar es monumental y tus redondas caderas emborrachan hasta al tío más cabal.

Así me gusta, que sonrías y que te acicales bien, con escote generoso, con el pecho embravecío, apuntando al más allá, que pa eso, como tu madre que soy, he tenido que pagar, al doctor que ta tratao, tanta pasta,...¡un dineral!

Pero, ¡por Dios! mi chiquilla, ¿a quién se le ocurre? Esa barba te la debes de afeitar, con esos pinchos que luces, nadie se te va a arrimar. Y el bigote, y las patillas y la mosca. Si hoy hemos decidío que luzcas como mujer, to eso sobra, está de más. Vamos a buscar un buen mozo, con posibles, que te conduzca al altar. Ahora eso ya no es utopía, hasta lo aprueba la Iglesia, que los caminos de Dios alcanzan a cualquier mortal, por raro que parezca al vulgo en cualquier lugar.

¿Si no acompañara la suerte?, pues qué,... nada habría de pasar, mañana, será otro día. Probaremos vistiéndote como un hombre, y aquí no ha pasado na, que pa eso ties la suerte que la naturaleza te ha dao un buen badajo y bella concha de mar. Dos en uno, menuda suerte la tuya, ya lo querría pa sí cualquiera que le guste cohabitar.

No seas malaje, mi arma, ni me vengas con remilgos, porque si aún eso fallara, nunca dejarías de ser un hermafrodita tal, que podrías enamorar al primero que quisiera transitar por un sendero distinto, sin tener que someterse al uso tradicional; un aventurero que contigo deseara otras vías explorar.

Espera, que esa es muy buena opción. ¿Te has empezao a afeitar? Quizás lo mejor sería que te vayas como estás, nadie te podrá negar que eres mu original. Ve así, no perdamos ni un minuto más. Eres flor de hierbabuena, vales más que el azafrán, y como madre que soy, te juro que, en esta Feria, cortas orejas y rabo... ¡Vamos, que te voy a colocar!

La fiera

En la oscuridad,
vencida la noche,
brotan rugidos,
surgen grietas
del refugio de estrellas,
tras el negro cielo
cuajado en tinieblas.

Estremecidos rayos,
funden su pasión
en el viejo árbol
que la muerte espera...
y astillas lucientes,
de rojo esplendor,
devoran su cuerpo;
se tornan cenizas...
y el viento las lleva.

Por fin, el silencio.
Parece saciada la bestia,
dormida la fiera...
Regresa la paz,
el cielo se cierra,
el ruido, se aleja.

Solo es un instante,
breve, sin espera...
Desde la negrura,
de nuevo amenaza;
abre su garganta,
escupe, salpica,
vomita granizo,
llueve, ventisquea.

Aumenta su ira
bajo un vendaval
que nada detiene.
Sigue la tormenta…
Insaciable fiera.

Fanatismo

De improviso estallan…

Brotan surtidores,
que impregnan de grana,
cuerpos destrozados,
inocentes que pagan
culpas que no tienen.

Las obscena ignorancia
preñada de rabia
siembra sin cesar
semillas de muerte,
con largos cuchillos,
cinturones suicidas...
lluvia de metralla

Hoy es el asfalto,
la acera, las ramblas,
mañana serán campos,
ríos, montañas o playas
donde broten gritos,
llantos, silencios
y después…la rabia.

Finales sin causa
que justificar puedan
la crueldad, el odio
de las alimañas
que en nombre de un dios
cercenan la vida... disfrutan los dramas.

Incomprensión

En el griterío su voz es un susurro,
en la algarabía destaca su mudez,
no habla del presente, sólo del ayer
rechaza averiguar las líneas del futuro.

Del alma dolida que siente sin saber
se escapan sus palabras sin el qué
el cómo, el dónde y el por qué
sin ver la luz... en pleno anochecer.

Busca el encuentro y a la vez aleja,
del abrazo el cuerpo, y del labio el beso,
su huida es tenue, su desdén obseso,
es fértil su llanto, doliente su queja.

Extraña su venganza, añoranza ciega,
rebelde sin causa bajo ardor perenne
persigue la paz al buscar la muerte,
cosecha huellas por finadas guerras.

Llegado el día en que la vida aleja,
al desgarrado grito, seguirá el silencio,
restará insondable el corazón herido,
ni en el despedir mostrará su esencia.

ADOLFO CELDRÁN

Músico, cantautor y poeta, Adolfo, nos regala en esta ocasión prosas. Cuatro relatos en los que hay una visión –versión propia- de las cosas más serias y también picardías de adolescencia o locos sueños que parecen pesadillas.

MI ABUELA EVA

Mi abuela Eva era una mujer especial. De joven, cuando la gente apenas salía de su pueblo, y menos las mujeres, viajó mucho. Incluso adonde otros no se atrevían. Recuerdo aquella vez en la que, junto a un pequeño grupo de amigos, al llegar a la playa, viendo enfrente aquellas costas tan cercanas, se atrevieron a realizar lo que habían hablado tantas veces sin creerse que fueran capaces de hacer nunca: Construyeron unas balsas con troncos y atravesaron el brazo de mar que los separaba de ellas. Fue una aventura de la que nunca se olvidaría. Ni ella ni nadie de la familia, claro.

Era preciosa. La orilla digo, aunque estoy seguro de que ella, de joven, también debía serlo. Y decidieron quedarse allí: Ya se lo dirían a los del pueblo los timoratos que se quedaron en la orilla, entre ellos todas o casi todas las chicas que iban en el grupo. Tardarían en volver, si es que lo hacían, porque la aventura merecía la pena. Así se enteró su madre, Eva, y su abuela, Eva también, de que tal vez nunca volverían a verla.

Exploraron aquélla nueva tierra. Estaba llena de vida. Bueno, sólo si no abandonaban aquél amplio pasillo hacia el Este: Por el sur, el mar, y por el Norte, el desierto. Y así siguieron y siguieron… hasta llegar otra vez al mar. Pero también era una franja de agua estrecha, y enfrente se divisaba una zona que inmediatamente ansiaron descubrir y explorar. Así que hicieron lo del principio: Construir balsas y atravesarla. Y allí encontraron el mundo. Podían ir hacia todas partes. Así que fueron yendo. Ya eran bastantes más que los que partieron, y ninguno de los que inició el viaje seguía vivo. Tampoco Eva, pero sus genes seguían en todos aquéllos hombres y mujeres. En todos. Allí, y luego en Asia, Australia, Europa, América (caminando sobre el hielo del estrecho de Bering)… y otra vez África, por su costa norte. En el mundo, se mezclaron con los neandertales en pequeña medida. Somos un poquito (del 1 al 4 %) neandertales. En el África austral no se mezclaron nunca. Allí siguieron siendo, como cuando la abuela Eva vivía allí, homo sapiens puros.

A nuestra abuela (y a su abuela y a su bisabuela, que se lo transmitieron a ella) la conocen los especialistas como la Eva mitocondrial, porque es la que nos transmitió su ADN mitocondrial a todos los que no somos del África subsahariana. Allí, sin embargo, también hay descendientes con ADNs distintos, procedentes de otras abuelas: De las que se quedaron y no viajaron, como Eva, hacia el este por el estrecho de Bab el-Mandeb, el sur de la península arábiga y, finalmente, lo que hoy es Irán. En el resto del mundo todos somos nietos de Eva.

Nuestros abuelos, sin embargo, son diversos. Tal vez porque había muchos más hombres que mujeres en la aventura hacia el Este, o porque sólo hubo una: Ella. Tal vez ese embudo viene de mucho antes. No lo sé, ni me lo aclaran del todo los que saben.

Más de 50.000 años después de aquél viaje, decidí ir a hacer una visita a mis parientes africanos. Escogí Tanzania, lugar más probable de procedencia de la Eva mitocondrial. Y a la tribu genéticamente más antigua y menos contaminada hoy en África y en el mundo: Los bosquimanos, un pueblo que se separó genéticamente de las otras ramas hace 130.000 años de los casi 200.000 de antigüedad que tiene el homo sapiens, y que ha habitado en el Sur y el Este de África. Era un pueblo nómada, un pueblo cazador, recolector y solidario. En las lenguas de allí, los llaman “San” (extraños o vagabundos) y Basarva (pueblo que no tiene nada), y su idioma, dicen que mucho más rico que el nuestro en el número de fonemas, usa incluso chasquidos. No tienen escritura. Hace unos pocos años, la mayoría de ellos fueron confinados en una “reserva” en el desierto de Kalahari, en Botswana, de donde ahora quieren mudarlos a unos “campos de reasentamiento” porque en Kalahari han encontrado diamantes. El gobierno les cortó el agua. Europa, para financiarla, les concedió una ayuda por persona y semana de tres Euros. Pero el gobierno de Botswana, el segundo país productor de diamantes del mundo, la rechazó. Si los trasladan, tendrán que dejar de vivir como nómadas, como hacen desde hace 130.000 años. Muchos ya han tenido que hacerlo.

Yo vi a los que ahora habitan en las proximidades del lago Eyasi, en Tanzania. Antes habían vivido en el Área de Conservación del cráter del Ngorongoro, que también visité.

Los saludamos, hicimos un recorrido por la zona, guiados por dos de sus niños, uno mayor que tenía madera de líder y uno pequeño, entrañable, que cazó, desplumó y se comió un pájaro y luego bebió de un charco de aguas cenagosas, más barro que agua, junto a su perro, los dos en idéntica postura. Alrededor, se veían cientos de pisadas de animales y sus excrementos.

A la vuelta, bailamos con todos los miembros de la tribu. Emplean los bailes como curativos de sus enfermedades. Miraban bien. Sus niños tenían las tripas hinchadas, probablemente por los parásitos. Sus mujeres estaban embarazadas casi todas, y su sonrisa era contagiosa.

Cuando nos despedimos, sentí que mi "asignatura pendiente" de visitar a los vecinos de la familia de la abuela de mi abuela, al menos en lo posible, había sido aprobada. Y que, como casi siempre ocurre en la vida, otra asignatura más difícil quedaba pendiente.

Gracias abuela Eva. ¡Te debemos tanto…!

Sólo todo.

Un abrazo grande como el mundo.

GÉNESIS* (*Versión* cheli y pasota)

Se aburría. Sí, se aburría mortalmente. Y así durante tiempo y tiempo: contemplándose y aburriéndose de contemplarse. Aunque no se lo dijera a sí mismo, porque eso iba en contra de su esencia: Él, por definición, era perfecto y adorable. Y no podía contradecirse.

Aunque, bueno…

Así que, tras una infinita infinitud, decidió jugar a las construcciones. Hizo una gran pelota (vale, una pelota y punto, porque grande-grande sólo era Él) y la miró y remiró. Y se aburrió de mirarla. Así que decidió que explotara. Y, naturalmente, la pelota explotó e inundó esa cosa que luego alguien llamó "El Espacio". Aquello tenía cierta gracia, porque los trocitos rebotaban, se separaban, se juntaban, y todo se expandía… Y así pasó el tiempo. Y se formaron micropelotitas que giraban… Sí, sí: Él ya lo sabía, porque él lo sabía todo desde antes que sucediera, antes incluso de que hubiera tiempo… ¡qué aburrimiento! ¿no?… pero lo mataba viéndolas dar vueltas, y hasta, a veces, chocar entre sí.

Bueno, ese no fue el primer juego que se inventó ¿eh? Antes, se sacó de la nada una peña de coleguillas: Le vendría bien charlar con alguien… Así que los creó, y ellos le hacían la pelota, claro, para eso estaban… Bueno, bueno, cuidado: hubo uno que se le encaró una vez. Era un maldito antimonárquico republicano; y un racionalista; y un partidario "de la luz", decía… vete a saber tú... Pero el poder era de Él, así que lo condenó y desterró, al de la Luz y a todos los que se juramentaron con ese malnacido… (Malnacido de Él mismo… ¡cuánto le pesaba haberlo creado! ¡Y cuantas dudas sobre su propia esencia!). Pero bueno, vale, que los envió a todos al exilio. Por desagradecidos. ¡Hala!

El cabreo que pilló entonces con ese mal rollo fue enorme, así que decidió hacer otros seres, más pequeñitos y manejables, en los planetas que había creado: Montó parques acuáticos para que, primero, vivieran unas pequeñas celulejas, y ver qué pasaba… Luego, cuando vio que no había problemas luciferinos, dejó que se fueran juntando las células hasta construir eso que alguien llamó luego "seres vivos superiores". Aquello tenía cierta gracia… Y el juego era diver.

Para ver cuáles se expandirían más y mejor en aquéllos territorios, probó en ellos una serie de trucos. Por ejemplo, que se comieran entre ellos, los del reino animal a los del vegetal, los carnívoros a los herbívoros, los grandes a los pequeños… Y a pelear para que sólo los más fuertes, listos o con más mala leche, o sea los mejores, sobrevivieran y transmitieran su herencia genética.

En un principio, intentó firmar un pacto con los de la especie más lista, para que no atentaran contra Él como lo había hecho aquel Ángel malparido… pero éste se disfrazó de serpiente, los avisó (-y seréis como dioses…- les dijo) y ellos no pactaron. Y Él… bueno, por si acaso, esperó a ver qué pasaba.

Y pasó que ellos pelearon entre sí, guerrearon, se expandieron, se hicieron cada vez más y más poderosos acabando con todo… El colmo fue cuando, simulando luchar para defender el sagrado nombre de Dios, guerrearon entre ellos… Y sólo porque en cada sitio del planeta ellos se referían a Él con nombres diferentes (Yahvé, Dios, Alá…) y tenían costumbres distinta. Aunque, en realidad, no peleaban por eso, claro, sino por el poder y el dinero. Y, como habían inventado armas de destrucción masiva, las usaron y acabaron los unos con los otros y los otros con los unos mientras, desde allá lejos, Él, harto, dejaba por fin su cabreo y se espichorraba de risa de aquellos imbéciles. Y es que no era cuestión de cabrearse otra vez, como con el maldito Ángel ni, aún menos, de volver a sentirse culpable.

De aquella multitud sólo quedaron, por casualidad, unos pocos humanos vivos, sin apenas comida ni agua, perdidos en el desierto en el que se había convertido aquel planeta antes verde y fértil.

Y sí, aquí estamos esos pocos "afortunados", resistiendo, sin encomendarnos ni a dios ni al diablo, Dios nos libre (y el presunto Diablo también), mientras comemos lo que podemos, pero ahora contaminado y radiactivo, peleando por sobrevivir un día más, éste, y suplicando a Nadie que nadie, nadie,… nadie, por Dios y por el Diablo…, nadie, nunca más, nos "ayude":

Ya sabemos matarnos solos.

_____

* Génesis.- Del diccionario RAE: 1.- Origen o principio de algo.

2.- Serie encadenada de hechos y de causas que conducen a un resultado.

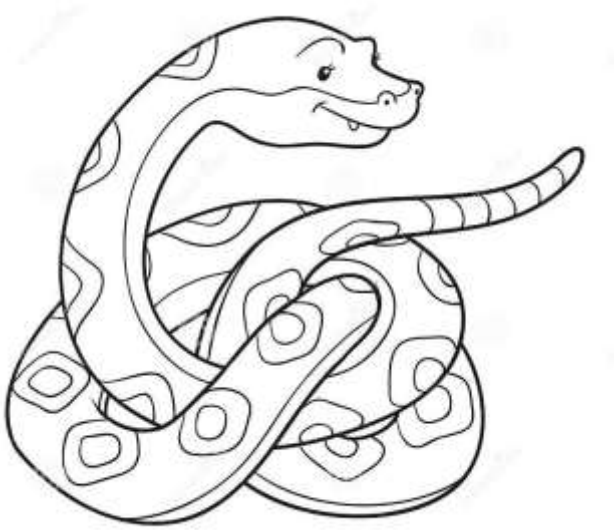
EL SABER NO OCUPA LUGAR

El sol estaba a punto de ponerse. Ya era hora. El calor era insufrible. ¡Cómo se me ocurriría a mí venirme a este continente! Williams, ese maldito inglés, era el culpable: insistió en que era una aventura extraordinaria, me dejé convencer y me vine con él. Y ahora el canalla me ha abandonado, dijo que porque estaba muy cansado… sí, y porque ligó en el último pueblo que visitamos. Me dio tanta rabia que, solo por joderle, me empeñé en seguir y culminar nuestra aventura. Bueno, su aventura, que ahora era ya la mía porque él se había rendido. En internet se enterarían de que la había culminado yo. Yo solo. Y todos pensarían de mí que era un tipo resolutivo, osado: La ilusión de mi vida: cre**a**rme así… O, al menos, cre**e**rme así, y que otros también se lo creyesen…

En el cole, una vez, en una fiesta, ligué con dos chicas. ¡con dos chicas, yo que era el más pequeñajo y flacucho de la clase y nunca me comía una rosca! Pero dudé si una ú otra, no me decidía por ninguna: "¿Ésta...? ¿Aquélla...?" Así que otros me cogieron la delantera. Me costaba decidirme, sí. Tanto que en la clase de física empezaron a llamarme "el Heisemberg", por aquello de su "Principio de Indeterminación o de Incertidumbre".

Y ahora estaba aquí, solo, caminando en la dirección que me marcaba la maldita brújula.

-Debí haber parado hace rato-pensé- Tengo frío. En este maldito paraje o te asas o te hielas. Y no hay un árbol, piedra o similar para guarecerse… Si dejo de caminar me helaré… pero estoy cansado y tengo sueño… Aunque... ¡Allí veo unas piedras y, entre ellas, un arbusto! Sí: Allí podré cobijarme.



-¡Ya, ya he llegado! No veo casi nada, apenas hay luz… pero ese tronco es muy ancho… aunque… ¡No es un tronco! ¡Es una serpiente enroscada en el arbusto! Pero no huyo. Y mi mente, aterida por el cansancio y el frío, me intenta convencer de que, si ella lo ha escogido, es que es una buena elección. Y de que, aunque ella ha llegado antes, cabemos los dos. Más aún: Nos daremos calor… ¡Pero esa es una idea estúpida!: Esa serpiente es inmensa (¿una boa, una pitón, una anaconda? (No sé, maldita sea) y

debe haberse comido por lo menos un toro o algo parecido, por lo inflada que está…

-Bueno- me dice mi pensamiento adormilado- sí, claro, es peligrosa como compañera de cama: podría hasta comerme… aunque, por otra parte, está profundamente dormida. Y llena. Y digiriendo.

Y hasta me río por lo bajito de Williams, que ha ligado con una turista flaca y malencarada: Seguro que estoy yo más seguro que él. Y más mullido… Sí, ya sé que mi cerebro, con el cansancio y el sueño, no piensa más que tonterías, y que apenas siento el cuerpo, pero… Me he acercado, la he rozado y no se mueve: Ni se inmuta…Duerme plácidamente. ¡Qué envidia! ¡Qué sueño!...Ummmm…

Y me veo allí, en el cole, estudiando estupideces con mis estúpidos compañeros y mi estúpido profesor, preparándonos para la vida que decía él, ya ves para qué me iban a mí a servir todas las tonterías que me enseñaba…

Y siento como me arrebujo en la cama mientras mi madre me tapa con la manta para que no tenga frío: "Al principio las mantas están frías –dice ella- pero luego se van calentando con tu propio calor poquito a poquito, y se te va pasando el frío". Y, mientras lo decía, me pasaba las manos y los brazos por encima de la manta para irla ajustando a mi cuerpo…

Y recuerdo mis estudios elementales de biología. Por ejemplo, sobre las serpientes, animales de sangre fría, como reptiles que son… Y sigo sintiendo como mi madre me arrebuja y aprieta la manta sobre mi cuerpo, fría, como yo… y me doy cuenta de que cada vez me aprieta más y hasta me duele, y no por eso estoy más caliente, como si la manta también tuviera la sangre fría… y pienso en el arbusto y la serpiente ¡La serpiente! Y me doy cuenta de que tal vez sí se haya despertado y sea ella la que me arrebuja con la manta de su cuerpo frío. Y muevo mis piernas doloridas y mis brazos, lo intento al menos, pero no puedo porque la manta me lo impide, y me duele el cuerpo, tan comprimido por aquella cosa fría, y recuerdo una de aquéllas frases estúpidas que decía el profesor para animarnos a estudiar: "El saber no ocupa lugar", y me doy, por fin, cuenta de que tenía razón, porque debía haber recordado antes lo de que las serpientes tienen la sangre fría, y por tanto, era una estupidez pensar que, si me arrimaba a ella, iba a calentarme con su contacto. Y mi cabeza me recuerda también lo que pensé hace poco: que no había peligro porque mi cuerpo no podía caber en la tripa de esa serpiente que ahora parecía abrazarme… Aunque, si yo era como el saber y no ocupaba lugar, entonces…

Y siento que, de pronto, abro los ojos. Y veo las estrellas... aunque… ¡desaparecen de repente!

Creo, pienso, deduzco, que mi compañera la serpiente está acabando de devorarme la cabeza. Me duelen los hombros. Y mi último pensamiento es que, si el saber no ocupa lugar, la estupidez tampoco debe de ocuparlo, porque mi estupidez y yo parece que sí cabemos los dos en ese agujero negro y turbio de esta hermosa y repleta tripa serpentina. / Adiós. / Fin de trayecto.

UN CULO DE CORAZÓN

Cuando yo tenía diez o doce años, mi madre oía siempre la radio. A mediodía, antes de que llegara mi padre del trabajo, mi madre escuchaba las novelas radiofónicas que ponían entonces: Ama Rosa, Lo que nunca muere, Lucecita, etc. Algunas eran de Guillermo Sautier Casaseca y con las voces de, entre otros, Matilde Vilariño y Juanita Ginzo. Eran novelas de amores incomprendidos, pero blancos. Eran otros tiempos y el sexo radiofónico aún no se había inventado. Mi madre se emocionaba con aquellas historias, mientras hacía la comida o ponía la mesa. O se sentaba y escuchaba…

Yo aprendí lo que era eso del amor oyendo aquellas historias, sí… Y cuando las hormonas empezaron poco a poco a subirme, las comprendí más aún. Y, claro, fantaseaba.

Cuando en verano íbamos a aquella pequeña casita en el campo y paseaba con mi vecina y amiga Mari-Carmen, sobre todo cuando paseábamos en bici (ella delante casi siempre y yo detrás para poder mirarla) sentía que eso que me pasaba era parecido a lo que contaban en las novelas que oía con mi madre por la radio. Y sentí que estaba enamorado de Mari-Carmen, aunque, como en las novelas radiofónicas, no me atrevía a decirle nada para que no pudiera decirme que no, era mejor esperar el momento mágico ese que pasaba en la radio al final y entonces decírselo románticamente para que ella me mirara y me dijera que sí. Pero ese momento no aparecía. Y yo, claro, debía esperarlo.

Y así esperé y esperé… Pero ella hablaba poco, aparte de eso de "vamos por aquí", o "¡qué calor hace!"… Hasta que un día me atreví y me insinué: Estaba harto, así que, cuando acabamos el paseo y entramos en el

garaje oscuro pegado a nuestras casas en el que dejábamos las bicicletas, me puse delante de ella y le dije que tenía que contarle algo muy importante para los dos. Ella me miró… y finalmente me dijo que sí, que bien, que ya lo trataríamos mañana porque ahora tenía muchas ganas de ir a mear y, si no iba enseguida, se lo iba a hacer encima. Y pasó rozándome… pero poco. Y yo comprendí que, como en las novelas, mi amor no era correspondido, era un amor imposible. Y me metí en mi habitación y me puse a llorar hasta que mi hermana mayor me oyó y me preguntó qué me pasaba, y yo, entre sollozos, le conté todo. Ella me miró hondamente, suspiró, y me dijo que estaba absolutamente segura de que Mari-Carmen también estaba enamorada de mí, y que además sería ella la que me daría una señal irrefutable de su amor, y que eso pasaría mañana, por eso me había dicho aquello del pis. Y que, cuando eso sucediera, yo debía aprovechar la circunstancia y contestarle debidamente, abrazándola y diciéndole que yo también la quería. No sé si la creí o no, pero necesitaba creerla, así que me tranquilicé. Esa noche dormí esperanzado, esperando que amaneciera.

A la mañana siguiente, mientras desayunábamos, mi hermana dijo que iba a hinchar las bicicletas y me guiñó un ojo, así que yo aún me ilusioné más. Cuando llegó Mari-Carmen, que también acababa de desayunar allí al lado, en su casa, yo ya estaba acabando, así que nos sonreímos y nos fuimos a montar en las bicis. Abrimos la pequeña puerta y, un poco a tientas, entramos en el garaje-trastero común y nos montamos cada uno en la suya. Primero fuimos a la par, yo quería verle la cara. Parecía tranquila, normal… En un momento, al salir del pueblo, me situé detrás de ella.

Y entonces me pareció ver algo extraño. Pero callé. Un rato después, en el campo, cerca de la fuente en la que siempre bebíamos aquella agua tan fresca que le manaba a chorros, esperé que parara. Paró como siempre, dejó la bicicleta apoyada en el muro y caminó hacia la fuente. Siempre la seguía, pero ese día tardé más en hacerlo. Porque en el culo, en su hermoso y magnifico culo, llevaba dibujado un precioso corazón rojo.

Noté como me saltaban las lágrimas: ¡Mi hermana tenía razón! ¡Esa era la señal que me mandaba, la que me había prometido y postergado para hoy! Así que, despacio, disfrutando de aquella visión, avancé hacia la fuente y hacia ella. Allí, agachada para beber el agua que manaba, me ofrecía la visión de ese corazón rojo pintado en su culo para mí. Me puse tras de ella y, cuando se volvió, la miré a los ojos con la fuerza de la certeza de su amor y del mío… y la abracé. Al principio pareció tensa, sí, pero luego fue relajándose… Más aún cuando, sin soltarla, la miré intensamente a los ojos y la besé despacio… No, no hizo nada, pero yo no aparté mis labios de los suyos. Y ella, poco a poco, fue también sintiéndome, lo noté; y entonces sí que me sentí besado y comprendí que mi hermana había tenido razón, y me alegré de tener una hermana y una novia tan maravillosas.

Lo nuestro, a partir de aquel momento, fue bien. Fue magnífico, como en las novelas de la radio que acababan bien. O incluso mejor.

Sólo mucho tiempo después mi hermana me confesó que, para vencer mi timidez, esa mañana, mientras yo desayunaba, ella, en el oscuro trastero-garaje en que guardábamos las bicis, en vez de hincharlas como había dicho, había pintado de rojo el sillín de la bici de Mari-Carmen.

CONDEVOLNEY

El compañero Condevolney nos aporta en esta revista versos de amor, consejos de sinsabores de su “alma farolera”, de la mejor factura y ritmo clásico, cargados de ternura y jocosidad.

Amor

I

Como una nube sedienta
bebe agua evaporada,
así volveré a tu esencia,
como volcán y su lava,
como lame el mar salado
a su arena enamorada.

II

El Abogado del diablo
hizo un trato con el abogado defensor de la ternura,
Un instante de amor,
por tantos siglos de amargura.

Que me amputen las ganas de quererte,
antes de que se me gangrene esta locura.

III

Cuando me olvido de ti
tú te acuerdas de mí.

IV

Soy, cuando cierras los ojos.

La muda

Como payaso sin gracia
ante un público sordo y ciego
voy instruyendo la magia
del oscuro y triste miedo.

Pena de la masa gris, sorda de escuchar silencios,
incesante parloteo entre mente y pensamiento.
Me duele cada músculo, cada tendón, cada hueso,
de caminar por un sucio mar de dudas y excrementos.
Se muere la voz en off, garganta de carne y viento,
enferma está por callar la verdad del irredento.
Me desbordo por las venas, avenidas de los versos,
causando embolias y muerte a los tejidos ya muertos.
Solo sé si sigo vivo si tus ojos no me han muerto,
tu mirada es la testigo de mi propio alumbramiento.
Me descompongo en espejos reflejados en el mar,
vuelo como la hojarasca sin un suelo en que pecar.
Me lloró encima, por no gimotear en la tilde del acento,
inventando consonantes, luz sacando brillo al viento.
Me restauro rebozando con tinta de calamar, sonetos,
en la nevera del alma siempre tengo endecas frescos.
Me recojo en tu regazo de espinas bien afiladas,
sangrando voces oscuras que descomponen mi karma.
Navegando en bergantín por la mar de tus adentros
persiguiendo a mi delfín va tu risa,
y a tus ojos van mis besos,
para vivir en tu reino hasta que me salgan púas
que me revienten por dentro,
y convertirme en el gusano
que siempre quisiste tener,
crisálida de los sueños de tu sexo y al revés.

¡Silencio!
¡Silencio he dicho!
¡Silencio!

Pararon los pensamientos
y los sueños se rompieron,
ya se difumina el miedo,
y en mi traje de madera
dejo que se esfume el tiempo.

Para no quedarse sin suspiros *(Instrucciones de uso)*

Al final del invierno
desgrane un buen suspiro y guarde su semilla,
en el equinoccio de marzo plántela en tierra virgen,
si tiene dudas nunca haga la prueba del pañuelo,
riéguela con abundante desapego,
las lágrimas están prohibidas,
la sal, como el amor, los vuelve ciegos,
cuando se rompa la testa,
lo hará por seguiriyas,
haga de palmero, toque las palmas.
Importante: que sean muy sentías.

Y le crecerán hermosas plañideras.
Llegando el mes mayo florecerán
cual tormento de rayos y lluvia inquina,
no las tenga usted en cuenta,
en cuanto llegue el verano se tornarán en tragedias.
Cuando asome un nuevo equinoccio
deje pasar al otoño para deshojar las penas,
¡Ojo! Algunas penas intentarán heriros.

Si sigue estas instrucciones,
nunca más le faltarán los suspiros.

Vas a volverme cuerdo por amor

El musgo crece en todo rolling stone,
diferenciando el invierno del verano,
helter-skelter mastica los recuerdos
tan rápido como Charles Manson
bajó por el tobogán de Sharon Tate,
las gafas de Lennon adivinan mi reflejo
escudriñando el otro lado del espejo,
la banda de los Corazones Solitarios
le piden a un sargento tiempo muerto,
el tiempo, despavorido, gime,
adementados, dejadme vivir
y os regalaré el secreto de la vida eterna.

Me turban ciertos pensamientos,
me gusta rumiarlos en malas compañías,
y si los digiero me acaban seduciendo.

Entonces me enfundé el cuero de Elvis,
cargué sus zapatos de gamuza azul
con pisadas del 42 largo,
atajé por la cuerda floja del suspiro
diluviando una canción desesperada,
entré en el Heartbreak Hotel,
cien ojos desenfundaron sus miradas,
Tarantino no, él no mira,
solo extiende su blanca mano de negro
con la llave de tu corazón colgando del meñique,
nena,
nunca más te alejes de mi lado,
o vas a volverme cuerdo por amor.

JULIAN VAN QUEKELBERGE

Julián es netamente mixtilíneo. Argentino, hace tiempo afincado en Alicante, genealógicamente cocktail de nuevos y viejos mundos, nos ofrece a libar cuatro relatos, nítidos pero intrigantes, misteriosos y duros de roer.

AQUEL ÁRBOL

Yo le dije creo, pero ella no entendió. A menudo sucede y me desplazan, ignoran u odian. Le comenté algo supongo, quien sabe algo, tal vez le dije algo como que - sí, no; pero no entendió, es inútil. Ella comentó, que no sólo los animales y los insectos enloquecen, que es una pendiente que te va llevando hasta que no puedes parar. Me pregunto por qué yo, porque justamente yo no podía dejar de mirarlo. No era su aspecto lo que llamaba mi atención sino aquello que a pesar de estar oculto se percibe. Sus ramas eran remolinos de un verde claro fosfóreo y sus hojas eran cada una distinta a las demás, como si se negara a pertenecer a él. Algunas casi transparentes dejaban pasar los rayos y cambiaban de color según el día, a través de las mismas podía verse otra hoja, el bosque, una gota de agua, el cielo. Otras tenían formas ovales, triangulares, redondas, cuadraditas y de formas nunca vistas. Todas de distintos tamaño, color, algunas lisas, con texturas y otras con espinas. A veces el árbol se mimetizaba con la brisa como un espejismo en el que se ven los sueños. A través de él podía verse los extinguidos bosques que hubo en el mundo, los animales que lo habitaron, los hielos antes de derretirse. Sin duda era un árbol extraño, estaba aislado, no porque quisiera sino porque nadie normal se le acercaba. Al principio sumido en la más profunda de las tristezas no dejaba de preguntarse cómo podía hacer para parecerse a los demás; como si el reconocimiento externo influyera en algo lo que él realmente era. Si fuera como los demás me aceptarían, llegarían a conocerme y podrían quererme, pero dejaría de ser “yo” y tampoco sería "ellos", no sería nada, nadie, desaparecería, porque quien es fiel a los demás no logra ser libre, revelarse, traicionar lo establecido, existir. Nadie quería quererlo tal vez por temor. Las nubes no se posaban arriba de sus ramas locas y la lluvia caía por doquier, menos donde él estaba. Los pájaros no lo anidaban con sus cantos ni las luciérnagas le regalaban el destello mágico de su luz. Los médicos de árboles dijeron que sufría una enfermedad desconocida, contradictoria, incurable. Los jardineros explicaron que los durazneros debían tener duraznos y no cerezas o limones como así tampoco una gata puede tener perros. Los ingenieros informaron, que los remolinos de sus raíces afectarían las estructuras de las cosas y solicitaron su exterminio, ya que era un árbol absurdo, sin ninguna finalidad, como el arte que no sirve para

nada. Los científicos explicaron, que se había degenerado y podía contagiar a los sanos y causar una plaga. Algunos diagnosticaron poda y los más drásticos sacarlo de raíz, para extirpar todos sus males. Matarlo era la solución, la perfecta solución, ya que no podía reencauzarse, adaptarse ni ser como los demás. Entonces el pobre arbolito se concentró en ser como era. Aislado intensificó los rasgos que lo caracterizan y fue cada día más auténtico, verdadero y al no matarlo, la adversidad lo hizo aún más fuerte. Los demás árboles se enojaron, porque creció tanto, que los dejó en sombras. Entonces, como venganza, le hacían maldades, pero nada pudo vencerlo. Por eso cuando ella vio sus extraños frutos, sus exquisitas flores nunca antes vistas, y respiro el sutil e embriagador perfume del dolor, quien sabe; lo entendió y se sintió feliz de tenerlo en su jardín.

LA TRAMPA

Era una linda mañana de fines de invierno, en la que ya se presagiaba el subterráneo y bullente trabajo de la primavera.

Clara, con su prolija bata de dormir y en la cocina, preparaba su desayuno, jugo de naranja, tostadas, café y las infaltables pastillitas que controlaban su organismo de setenta años.

El "control", era una premisa en su vida. Había controlado celosamente la salud y la educación de sus hijos. También el dinero, pedestal principal de las actividades familiares, y a su marido, que con una hábil estrategia, no lo había acusado de sus salidas y escapadas, para permitirle volver dignamente al redil. Clara, tenía una sólida convicción de su misión en esta vida, que la llevaba a enhebrar todos sus actos y acciones con gran coherencia y seguridad.

Era una persona amena, cálida, aglutinante, puntal indiscutible de ese pequeño universo que la rodeaba y por el cual velaba.

La radio trasmitía las noticias, casi todas cruentas o desagradables. Su fino instinto filtraba lo útil e informativo y desechaba el resto.

No permitía que lo negativo la invadiera. Esta condición o don le había asegurado esa salud mental tan reconocida por todos. Afrontaba la vida con vitalidad, entusiasmo y serenidad. Disfrutaba de esos rituales como escuchar la radio, leer el periódico, un libro o regar sus plantitas.

Le encantaba salir a caminar por caminar, ir al cine o prepararse una comidita especial solo para ella. Amaba la vida y estaba agarrada a ella con uñas y dientes.

En una caja invisible y secreta archivaba fracasos, traiciones y desilusiones, que con la existencia siempre sobrevienen. El llamado de teléfono interrumpió su desayuno. Su hija María le pedía ayuda para la torta de cumpleaños de Jorge, el menor de sus hijos. Acordaron que dicha torta y a pedido del homenajeado, debía lucir un muñequito con la camiseta de futbol de su equipo preferido.

Todos acudían a ella, como quien toma un frasco de especias del anaquel, lo usa y lo deja hasta necesitarlo nuevamente.

Nunca la llamaban para invitarla a tomar el té en una coqueta confitería o para hablar. Sin embargo ella no cuestionaba esas cosas. En una nítida imagen mental desfilaron los miembros de su familia, María, la mayor, divorciada y madre de dos hijos, Clarisa, la segunda, con marido y dos hijas, Rafael, el muy querido, buscando fortuna o sobrevivencia en Canadá. De su difunto marido tenía un recuerdo melancólico y nostálgico. Lo había amado visceralmente, como solo se ama cuando se es joven y las hormonas colaboran para que esto suceda. En determinados momentos también lo había odiado, pero comprendía que habían estado unidos indisolublemente. Clara, pensaba mucho en la familia. Esa red humana tan fuerte, atávica, intrincada y misteriosa, que unía a propios y extraños. En el pasado, cuantos seres que nunca se habían conocido y pertenecían a regiones distantes, se unían en el futuro en pactos de amor, sangre y sobrevivencia. Una mirada al reloj la alertó, que debía asistir a la misa de recordación del marido de su amiga Irene. Juan había sido un buen hombre. Le evocaba momentos agradables. Era una persona parca, callada, atento oyente, poco interesado en cambiar ideas. Siempre dispuesto a brindar a los amigos sus famosos asados, que cuidaba con parsimonia y paciencia, mientras los demás estaban distendidos, bebiendo y charlando. Pero su presencia se hacía notar sorpresivamente con ese pedacito especialmente seleccionado para el gusto de cada persona.

La ducha, siempre ejercía en Clara un efecto revitalizador y estimulante, que borraba la somnolencia. Al salir del baño eligió con sumo cuidado su vestimenta y se apresuró en su camino. En la iglesia se apoderó de ella la

fatiga mental de oír las repetidas fórmulas que pronunciaba el cura sin emoción. Quizás él también estaba aburrido de esta estandarización del consuelo, que se pretendía brindar. Estas letanías no conformaban las dudas, angustias, dolores o las preguntas sin respuesta que ella como tantos otros tenían. Distraída paso su mirada por los concurrentes. Estaban muchos amigos o conocidos, algunos actuales y otros perdidos en el tiempo. Distinguió entre ellos a Frank y se sorprendió. Hacia treinta años que no lo veía. Estaba por supuesto más viejo pero aún conservaba esos ojos negros pestañudos, profundos, inquisitivos, y esa sonrisa irónica, traviesa, que creaba un contrapunto irresistible en ese rostro tan querido.
Frank era más bien bajo, fuerte y sus manos muy masculinas. Era brillante y la conmovía. En cualquier lugar o reunión, se establecía entre ellos ese puente que los unía e aislaba del resto. Esta relación se mantuvo así por muchos años, hasta eclosionar en un encuentro apasionado, que los marcaría de por vida. Luego debieron o decidieron continuar distintos caminos. Clara no se hubiera permitido otra cosa. Su matrimonio y más aún sus hijos estaban primero.

La misa terminó, luego de algunos saludos y para evitar encuentros se alejó de la iglesia.

Tal vez no hubiera resistido que Frank la viera en un primer plano, que revelara el cruel paso de los años. El tema de la muerte, se hacía cada vez más presente en las conversaciones de sus conocidos, pues en cada reencuentro se tenía la noticia de nuevas deserciones.

La mayoría trataba de aceptar la versión de la iglesia, lógico que con los inevitables baches, que los miedos y las dudas les provocaban en soledad.

Para Clara, la muerte no era un asunto recurrente. Tenía una idea confortadora al respecto. Se inclinaba por pensar sin demasiada convicción, que quizá fuera un sueño eterno de la misma naturaleza que el sueño después de cada jornada, o tal vez una reencarnación en un planeta superior a este en el que estamos. Pero el quehacer cotidiano, la tenía todavía demasiado ocupada. En los días posteriores a la misa de Juan y al encuentro lejano con Frank, Clara, no se sintió bien. Al quinto día y a la hora del ángelus, se sintió desfallecer, perdió la conciencia y un sudor frío la cubrió mientras le flaqueaban las piernas y se desvanecía. No supo cuánto tiempo estuvo así, pero de pronto se descubrió con una mente tan lúcida, como supuso se obtenían a través de algunas drogas. Recordaba con una precisión y nitidez fotográfica, todos los hechos de su vida desde la cuna, los rostros de parientes lejanos, de condiscípulos e incluso de los transeúntes, que se habían cruzado con ella por la calle en todos los días de su larga existencia. Supo que estaba muerta y que ese era el umbral de una nueva realidad. Se dio cuenta que no poseía voz, carne, sangre, movimiento. Estaba sola, aislada, congelada en el tiempo, sin convivencia ni relaciones. No podía comunicarse con nadie, arrepentirse, cambiar. Tenía pensamientos, sentimientos, angustia, pero no sentía nada físico ni corporal como el hambre, el frío, la sed. Sintió la desgarrada incertidumbre, que el tiempo si existía y que sus seres queridos correrían inexorablemente la misma suerte. Había traído hijos, descendencia y no podía hacer nada ni trasmitirles esa última realidad, que indefectiblemente deberían soportar. Serían simplemente memoria que se hunde en la nada. Estarían atrapados, confinados en el peor de los suplicios por la eternidad…

SODOMA Y GOMORRA

Camino por Sodoma y Gomorra. Me produce atracción y rechazo. Huelo el aliento a alcohol. Se pasan sobrecitos. Ríen. Esconden el llanto. La oscuridad de ciertos encuentros.

En la barra del público, un borracho tira un amasijo de billetes. El camarero le da la vuelta, un puñado de tapas de cerveza. El borracho no se entera y las guarda. Engaña tú, antes de que te engañen, piensa. Nadie cree en nada. La gente tiene ahora un falso dios: el dinero.

De los pequeños taburetes rebalsan los obesos culos de las turistas. Engullen salchichas, fetas de panceta, patatas fritas salteadas con huevos, alubias, panes untados en mantequilla.

En la puerta del puticlub, una inglesa felina de mediana edad-flor a punto de marchitarse observa los zapatos de los hombres, las ropas, los relojes y por último sus caras, calculando con precisión cuánto tendrán en sus cuentas bancarias. Qué pena pienso; aunque ella dirá lo mismo de mí. Hace años que tengo esa náusea

que te produce caer sin paracaídas, atravesar las nubes, los años. Todo está ocurriendo y a la vez se repite, ya sabes, la desunión y la discordia, la subcultura de la resaca, la escisión y la divergencia, esa relatividad de la ética, un chaquetón elástico que a cualquiera le sirve. Ni siquiera eso. Ni siquiera cero, ni siquiera nada, ni siquiera derecha, arriba, izquierda. Entro a trabajar. Cierro los candados. La noche es larga. Te pagan, domestican, te quedas en la jaula.

Por una semana me acompañará el recepcionista. Hablamos del otro lado de la historia y la moneda. Estudió filología británica. Fue artista plástico comercial y como el marchante lo engañaba, desistió. En el mundillo nocturno, todos han tenido tiempos mejores o eso dicen.

Nos sorprende un jovenzuelo dado vuelta como una media. Desnudo trepa por la valla del hotel. Su compañero salta festejando la ocurrencia. "¿Tienes dinero, quién eres tú?" pregunta torciendo la cara y mirándome con ojos de vidrio. "No, I have no money. I am the whatch man", le respondo. "Fucking perdedor" grita furioso, y vuelve a insistir, ahora con un tono más suave, y hace gestos obscenos como si me follara. Estoy en el ojo del huracán de la tragedia. Es la cúspide de la decadencia, la plenitud del derrumbe. Mi compañero me comenta que volverá a pintar para joder. Yo lo animo y le pido que golpee lo más fuerte que pueda, que pelee a muerte, porqué es la única forma de vivir. Pinta la hermosa decadencia, el bello cataclismo, la espuma en la cresta del tsunami, los culos enormes como catedrales, los vómitos congelados en el aire, los corazones de neón prendiendo y apagándose como un latido artificial, cubierto por las cenizas del volcán. "Por favor" le digo, pinta esa atmosfera momificada que nos cubre, esa máquina automática del tiempo. Monstruosa. Imparable.

Una barra de guiris borrachos se pelean a palos. A uno le rajan con una navaja las tripas y al otro el cuello. La música de los pub suena a tope, el karaoke, las sirenas, y los gritos, no se escuchan. La ciudad ausente está de fiesta y en llamas. Una mujer alta lleva esposado a su brazo a un enano, altivo, moderno, de camiseta rosada ajustada y collares.

-Ella se paga el bufón de la corte y se divierte- comenta el portero del puticlub. El enano trabaja de eso. Ese es su trabajo, hacer de enano. Lo contratan para reírse con él o de él. No sé muy bien. Él tampoco lo sabe.

-¡Qué falta de respeto!- protesto, haciéndome el moralista y siendo tan sorete como ellos. Esos estímulos, despiertan el monstruo.

¿Se la follará? pienso. El del puticlub ve la chispa de maldad en mis ojos y dice: "a veces el enano liga y mucho. Se ha follado más de una y ha hecho muchos streepteases sobre la barra con su enorme socotroco. Y todos felices en el circo, en el zoológico de la humanidad. No hemos avanzado tanto desde la Edad Media. El progreso social es sólo una puta ilusión.

-Humillante- agrego. Una falta de respeto, que el enano consiente.

-Por dinero baila el mono. El enano no tiene muchas oportunidades de comprar su dignidad. Eso no existe en el mundo enanil. Vivimos otros tiempos muchacho, espabila. Es otra época, mucho más acelerada, vertiginosa, perversa, con cócteles Molotov de pastillas, desenfreno, luces de colores, olores a comidas multiculturales, sobreabundancia, el vacío del abismo.

-¡Vengan a ver la hermosa enana! ¡adolescente, virgen! ¡putísima!- grita el portero.

Ella observa a su amor enano pasando esposado a la turista gigante. Levanta la copa de champagne mientras él le hace un guiño saludándola. Ella aguarda a los clientes y escribe con el rouge rojo en la pared del puticlub.

"Labios que no encuentran otros labios.

Ojos que no ven ventanas en los ojos, la isla, el cofre del tesoro, un paraíso en el infierno.

Yo los libero de tabúes, el morbo del pecado, el sexo y el dolor. Testimonio de un cuerpo. Cuchilladas en el alma.

Acuno con el vaivén de mis caderas a mis marineros sin barco ni océano. Pagan. Penetran mi envase procaz de diabla, de Diosa, de niña. Me trituran. Exprimen el néctar de las flores. Encienden mi piel de billetes.

Se llevan un cielo de nubes y humo".

CLARO DE LUNA

La muchacha se acercó a la ventana, extendió el catalejo y la imagen vino hacia ella con las cumbres blancas, la luna llena, las estrellas y el extraño cielo boreal, con fosforescencias fantasmagóricas, espejismos y remolinos de colores irreales, que de repente se torcían y se desvanecían. Luego apareció una tenue línea rosa, que se transformó en un intenso fuego blanco incandescente, en estrechos y peligrosos senderos, en sinuosos e intrincados caminos, que según la leyenda, conducen a regiones celestiales, donde habitan los espíritus de las almas puras y los amores perdidos.

Dice también la vieja y olvidada leyenda, que los salvajes lobos, pelean en forma terrible por la hembra y sus dientes al chocar, producen chispas, que se reflejan en el cielo boreal.

La muchacha fue bajando lentamente el catalejo y observó el bosque montañoso que parpadeaba con los insólitos resplandores. Un lobo corría entre los árboles. Más abajo pudo ver la estepa congelada, con unos hombres que cargaban cadáveres en un furgón con una cruz roja. Se quedó impactada, se le cayó el catalejo de las manos y sus ojos azules se llenaron de lágrimas. Trastabillando dio unos pasos para atrás y se sentó en el catre.

Desesperada se agarró la cabeza. Sus manos temblorosas descendieron por su rostro transfigurado. Ensimismada observó las paredes resquebrajadas y el retrato de un hombre. Se levantó, lo descolgó y lo miró de cerca. En el cuello llevaba una gruesa cadena de oro, que contrastaba con una larguísima barba negra, tupida y enmarañada. Los ojos enrojecidos la miraban de soslayo, con complicidad, mientras ella apoyaba su cabeza sobre el hombro.

Se quedó pensativa, acarició con la mano los bordes del marco y borró con el dedo índice la huella del tiempo y el polvo. Dio vuelta al retrato y descubrió una nota:

Te amo, te lo mereces todo y todo es poco, pero no podré dártelo. No podre besar tu cuello como un pájaro su flor. No podré saborear tu dulce néctar, la síntesis de la vida corriendo por tus venas.

Sonó el timbre. La muchacha bajó a la planta baja, donde funcionaba un negocio de ramos generales, expendio de bebidas, sala de juego y centro del chismorreo de la comarca.

Los colonos fueron llegando al establecimiento. Se sacaron los pesados y duros abrigos, se sentaron alrededor del fuego y comenzaron a beber, a fumar, a jugar a las cartas, a tocar el banyo y a cantar aburridas letanías.

Ese mundo chiquito, esa vida chata, rutinaria, sin horizontes ni sueños, junto a la tierra yerma y el clima hostil, los hacia aún más miserables…

Es verdad, que conocían la naturaleza y cómo sobrevivir en ella, pero después del tercer trago de grapa, lo que no sabían lo inventaban, contribuyendo así a las leyendas populares.

En las mesas todos susurraban sobre los trágicos sucesos, que habían asolado a la comarca. Unos culpaban a los sucios y holgazanes extranjeros inmigrantes, aquellas ratas con ritos paganos, extrañas costumbres y que nos chupan la sangre y el trabajo.

Otros observaban con recelo al judío ensimismado que leía el Corán

Algunos se preguntaban:

- ¿Quién será el próximo, el elegido, habrá un motivo o es algo del azar, inaudito e inexplicable?…

Los introvertidos y desconfiados aldeanos, conocían la historia de la rubia cantinera, seducida por un aventurero que pasó por el lugar... Esa noche era parecida a aquella en la cual él la había abandonado, con la diferencia de que había música, las parejas bailaban juntas y ella los miraba con amarga melancolía.

A la madrugada los colonos se marcharon resbalando sobre el hielo mojado. La muchacha estaba sola de no ser por la fantasmal presencia de una vieja encorvada que fregaba en forma lenta y silenciosa. La muchacha con el cansancio a cuestas contó el dinero recaudado y se lo guardó en el corpiño.

Sacó una escopeta de abajo del mostrador y la cargó. Se abrigó hasta parecer gorda. Salió al exterior, apuntó a una botella, disparó y el envase de vidrio se desprendió del contenido congelado. El perro asustado se escapó, salió corriendo despavorido, se escondió abajo de unas maderas con el rabo entre las patas y comenzó a ladrar. Muy a lo lejos un lobo le contestó y el aullido repercutió en el valle.

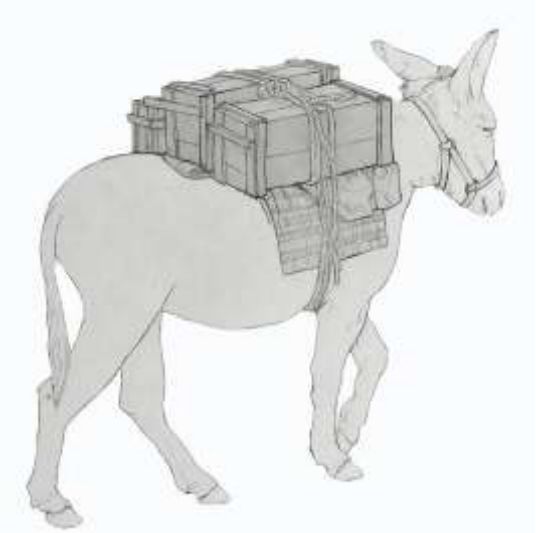
La anciana gritó:

-¡Las armas las carga el diablo y como un alacrán pone la cola con su aguijón, causando muerte y desgracia!

La muchacha arrastró al perro, que no quería entrar a la casa y caminaba para atrás mientras ladraba.

-¡Ud. dejó las botellas afuera! - despotricó la anciana.

La muchacha se dirigió al establo, le puso la montura a la mula, cargó el equipaje y los víveres. La sacó al exterior y la montó. Comenzó a cabalgar y a unas leguas miró para atrás, las huellas de las pisadas en el hielo, el contorno de los árboles blancos y el humo que surgía de la chimenea.



- Las armas las carga el diablo, -Se escuchaba gritar a la vieja a lo lejos.

- ¡Y el hombre las dispara!,- pensó la muchacha.

El zumbido del viento se mezcló con los pasos del animal, su jadeo y la respiración de la muchacha.

Atravesó el lago congelado sobre el cual resonaban los pasos de la mula. De vez en cuando aparecía fugazmente un zorro plateado, un reno o algún pájaro perdido y enceguecido por el reflejo del hielo.

Al no escuchar ruido ni respuesta, la anciana salió al exterior, y comprobó que la muchacha había desaparecido.

Cabalgó varios días y el paisaje fue cambiando. Después de atravesar el lago congelado, bordeó el bosque que rodeaba la montaña y siguió por la zona de los fiordos. Cada tanto se veía el mar y los icebergs meciéndose con la marea.

Miró la roja luna llena y recordó que cuando niña, solía poner en el hilo de los barriletes dibujos y deseos, para que Dios los leyera.

Pensó que si en ese instante su hombre mirara la luna, tal vez llegarían a comunicarse.

Entonces le pidió a la luna, que produjera un milagro, para verlo aunque fuera por última vez...

Se reprochó a sí misma esta absurda obsesión. No podía embalsamar su recuerdo, poner en formol el brillo de su mirada o su sonrisa espontánea. Tampoco podía desconectar el cerebro del corazón para no sufrir. Un bulto se movió, apuntó y disparó a quemarropa. Se oyó un quejido largo y triste.

Descendió de la mula y se acercó sigilosamente.

En una hondonada había un reguero de sangre, que el hielo fue absorbiendo como una esponja.

Bajo el claro de luna y tirado en el suelo, un lobo de ojos dorados se desangraba. La miraba en forma suplicante, le extendía la patita y aullaba. Ella se acercó, lo acarició, miró las brasas de sus ojos tornándose cenizas y se estremeció. El lobo llevaba alrededor del cogote aquella gruesa cadena de oro.

ALFONSO RODRIGUEZ SAPIÑA

Recientemente incorporado a la nave galáctica aucana, Alfonso dispara sus creaciones poéticas a ráfagas, porque es un luchador irredento de las palabras y de la vida, como nos muestra en estos cuatro poemas.

¿Por qué no venís a visitarme

palabritas-palabrotas
verbos del fue-será?
¿por qué no voláis
desde aquí hacia allá?
¿por qué no recaláis
en mis labios
de aventuras en otros labios?
¡ay palabritas-palabrotas!
¡de su madre a la herida
nadie se cuida!
Nidos para el ser
volaré despacio ahora
más tarde deprisa
¿por qué no te quedas
verbo del fue-es
el que se prolonga
hasta será-mañana?
Donde se mire: horizonte
¡quédate!
¡vuela!
¡vuelve cuando quieras!
¿por qué tanto silencio en soledad?
¿por qué tanto ruido para nada?

Palabritas-palabrotas
y entre unas y otras:
pianos… violines… trompetas…

Me comeré mis palabras

y las vomitaré de nuevo
reincidiendo en la idea
imposible, el verso erróneo
o el deseo desmesurado
en el banquete de la literatura
que fue y no fue
que será y no será…

estás junto a mí
y nuestros dos espejos.
Uno refleja una mujer
y otro un niño.
La mujer mea la borrachera
y el niño se asquea
de su medicación.
Cuando en el banquete
se nos ocurre guardar los espejos
los colmillos crecen
y te chorrea sangre
me dices “es la hora”
y en el cielo se abre
algo como una puerta
entre las nubes…

caen, caen todas las palabras
y de nuevo hay que tragar
sin ti, sin espejos

Ernesto Ché Guevara al ser asesinado

El profeta humilde fue asesinado
bajo la sombra de una higuera
la luz fue también en su muerte
el silencio de morir de pie
pasos atrás el triunfo de la revolución
en una isla maravillosa

maldito ranger que mataste
a nuestro profeta humilde…
volarán flores bombas corazones
el desierto ha sido uno y único
por un instante parece
que esto ha durado años…

flores bombas corazones

No te rindas

yo tampoco me rindo

ve a mirar lejos
yo iré contigo a mirar lejos

vamos a andar un rato
si te detienes, me detengo
si aceleras intentaré
llevar tu ritmo

ven conmigo a mirar
lo que nadie ve

¿me entiendes?
Somos invencibles

FRANCISCO ALONSO RUIZ

El dominio de Paco Alonso es la fuerza de la existencia, de las cosas universales y al tiempo íntimas, que padecen los hombres, grandes y pequeñas; sus poemas rezuman sabiduría como muestra en los poemas que aporta, incluyendo un homenaje al gran J. L. Borges.

HOMENAJE A BORGES

Mi actitud de respeto y de consideración intelectual al poeta argentino y universal Jorge Luis Borges hizo que, como todos los lectores, o quizá no, nunca viera hasta ahora al infinito creador de juegos y de sueños.

Se queda Borges solo en un espacio de soledad y de Abandono y está en la melancolía y sabe que está en la ceguera, que se ha quedado ciego, pero desparrama, ocupa habitaciones e intimidades con las cosas que tiene y que puede tocar y recordar y contar, porque las sueña. Y hay objetos misteriosos y profundos o terribles: Alfombras voladoras de las mil y una noches y espejos y espadas, memorias y olvidos y amores soñados o imaginados o ciertos.

Borges: un reaccionario, terco, indomable, crítico, siempre contra la realidad, contra sí mismo, contra el mundo moderno…

Dicen que el relato borgiano El Aleph encierra solapadamente una ironía contra la poesía del poeta chileno Pablo Neruda, contra su desmesura de espacios físicos geográficos o su escritura torrencial, pero yo quiero ver una expresión en el cuento de admiración, pese a las diferencias políticas entre ambos.

Los desiertos de sol (SAL) sofocante, de fiebre y muerte, los espejos que reproducen los rostros humanos, los libros de arena que son todos los hermosos libros, el tiempo que fue, un decadente Buenos Aires, las cosas, los seres, lo que se perdió, lo que nunca se tuvo.

Borges: un coleccionista de objetos, de juegos infantiles, de añoranzas, de tiempo que transcurre, de la ceguera, pero también de la esperanza.

Julio 2017

Las preguntas

Vine a la tierra
a hacer la pregunta.

Al primero al que le hice la primera pregunta
fue, ahora lo recuerdo, al viento,
pero el viento venía de lejos
y tenía prisa por llegar hacia alguna parte
y recogió mi pregunta (la que fuera)
con sus alas de aire y de agua,
y no me contestó, no supo
nada de mí.

La segunda pregunta
se la hice con humildad y con respeto
a la tierra,
pero la tierra escuchaba sólo
el germinar de los árboles con sus raíces oscuras
y la pregunta se perdió con las hojas
(puede que fuera otoño)
y la tierra siempre estuvo muda y callada
y no me ha dado ninguna respuesta,
nada entendió de mí.

La tercera pregunta se la quise hacer
al ser humano que pisaba la tierra,
que sembraba la árida tierra desnuda,
pero la tierra no daba frutos
y esperaba el agua que nunca
quiso venir desde el cielo,
y tampoco la hermana tierra
quiso oír mi alucinada pregunta humana
y nada supo de nosotros.

La cuarta pregunta se la quise acercar al mar
que estaba cerca y golpeaba la playa abandonada
pero los marineros eran los únicos dueños del mar
y solamente escuchaba sus cantos, no los míos,
y no me dio respuesta a la cuarta pregunta.
y nunca sabe quién soy.

La quinta pregunta
la dejé escrita para Dios,
que me diga qué significa
vivir o morir, o soñar o pensar
y sobre todo para qué estoy aquí
(que no lo sé),
pero Dios estaba en el silencio,
y mi pregunta merecía el silencio
y tuvo la voluntad de no responder
y nada sé de mí
y nada sé de Dios.

La sexta y última pregunta,
como ya no me quedaba nada,
quise que la contestara el silencio
y sigo esperando,
pero la sigo esperando sin ninguna esperanza
aquí, en el lugar al que vine.

Lo que sé de la boca

Hay una boca que se come el tiempo,
la noche oscura, la ventana rota,
la navaja oxidada
y el espejo sucio.

Hay una boca que se traga todo:
el dolor físico, la desesperanza,
el hambre y la locura,
el grito interminable
y la humedad de todos los presidios.

Hay una hendidura, un terco abismo,
un pozo al que se caen todos los muertos,
una profundidad de amargas células,
un espacio en que nunca
se abrió al cielo una puerta.

Hay una boca a la que estoy cayendo
con manos y con ojos y con dientes,
con arañas y tigres y caballos,
con zapatos y lluvias.

Es todo lo que sé yo de la boca.

Pequeños poemas (pensamientos y sentimientos)

¿Siempre es la muerte la misma mujer,
desde el primer día
o este es oficio que pasa
de madres a hijas?.

Aunque yo sepa y conozca
que he venido a quedar muerto
quiero un siglo más de vida
antes de pasar el puerto.

Al fin y al cabo sabemos
que las normas son sabidas.
Hay que morirse más pronto,
hay que vivir más deprisa.

A tantos Cristos se ha crucificado
que se ha acabado la madera.

La enciclopedia de los desengaños
ocupa varios libros.

Se va convertir en dogma
lo innecesario y lo superfluo.

No le des poder al imbécil
que construirá un cárcel.

Ayer se hicieron dogmas
sobre lo sagrado y lo profundo.
Pero hoy se siguen haciendo
sobre banalidades.

Vienen los ejecutivos
y cualquier futilidad
la convierten en
importancia y grandeza.

La alabanza, el elogio,
hay que rebajarlos con agua.

Busca el rincón apartado,
hay más sombra y quietud.

La rima no es música
sino aire que tiembla.
La emoción vive en el poema
pero la expresa el lector.

El tamaño de la verdad no es importante
lo importante es que sea verdad.

No hay ojos que alguna vez
no vean algo existente.

Cuanto más te acercas
la vida es más grande,
y el que mira más ciego.

Nunca entendí
que costara tanto
pensar en las cosas.

Y todas estas imbecilidades
para morirse uno.
Sigo amando la vida
¡y así me va!

Hay dos alternativas:
o la lucha o el llanto.

A cierta distancia
se pueden ver mejor
las mentiras y las verdades,
las sombras y las realidades.

Nadie le conoce,
pero todos hablan de Dios.

Hace dos mil años o más
vivió y murió el hombre
con el que hoy
me he cruzado en la calle.

El recuerdo es la emoción
de lo que hemos vivido.

Si no hicieran tanto ruido
las palabras serían hermosas.

Ningún reloj sabe medir
el tiempo de tu espíritu.

TRINITARIO RODRIGUEZ

Si M. Hernández fue ruiseñor de silbo vulnerado, nuestro compañero Trinitario, oriolano como él, se ha hecho jilguero humilde que le recuerda y no olvida los sufrimientos habidos en los tiempos de su infancia y adolescencia.

Para la libertad

Aunque moribundo estés
nunca dejes de cantar,
ruiseñor del bosque umbrío
de mi huerta y la ciudad,

para que tu canto escuche
cada día el general,
quien te quiere en una caja
callado y sin respirar.

Porque no te quiere oír,
y mucho menos soñar
que eres una cometa
y libre puedas volar,

con tus alas desplegadas
y tus cantares al viento,
poeta de la libertad
y del pronto movimiento

que en Madrid empezará
la juventud estudiantil,
con el fin de derrotar
al gobierno más hostil.

Con la fuerza del volcán,
del terremoto y del rayo
se alzará el pueblo mío
un cercano mes de Mayo,

como ha pasado aquí
en Paris donde resido,
y reside el ruiseñor
que tanto a España ha querido.

Y la quiere ver un día
libre como es la luna,
sin ligaduras ni yugos
y sin mordaza ninguna,

la que aún está sufriendo
y sufriendo lo estará,
hasta que el pueblo se harte
y la calle tomará

porque mayo es el mes
de grandes revoluciones,
en Yugoslavia, en Rusia
y otras muchas naciones.

No habrá tanques ni tanquetas
que paren a mi nación,
deseosa de libertad
y harta de represión.

Esto es justo lo que quiere
un simple bardo huertano,
hijo de braceros pobres
y del pueblo llano hermano.

Tu nación entera espera
poder oír tus canciones,
que hablan de libertad
y prenden las ilusiones

en el corazón del pueblo
como llama de futuro,
donde el sol apenas brilla
y el día está casi oscuro.

De tanto y por tanto luto
y por la habitual negrura,
que en viudas mujeres veo
y en tanta y tanta criatura,

que lo llevan por respeto
al padre progenitor,
fusilado por no ser
palmero del dictador.

Cuando el ruiseñor se muere
no fallece de cantar,
la diña de ver a un monstruo
sin alma ni humanidad.

Por la patria que más quiero
luché, lucho y lucharé
hasta que me quede vida,
manos, brazos, dientes y pies.

Cumpliendo años 1

Me voy a cumplir los años
al país de los franceses,
los veintiuno y veintidós,
los veintitrés y diez meses.

Que son los que no he cumplido
y allí los voy a cumplir,
si mi corazón aguanta
y no deja de latir.

No es un mero capricho
partir de la patria mía,
sino la necesidad
de sentirme liberado

de este yugo que me sigue,
que me persigue y me acecha
cual sabueso perdiguero
cada día aquí en mi huerta.

Si me voy es porque siento
que no puedo respirar,
el aire que está viciado
y viciado lo estará

si no cambia de sentido
y fresco viene del mar,
para un pueblo sin futuro
que está a punto de cascar

por la culpa de un gobierno
que más que un gobierno es,
unos cuantos carcamales
sin alma, cabeza y pies

que piensan que son los amos
de mi querida nación,
de los hijos de María,
Rosario y Adoración.

Esto es lo que ellos piensan
pero jamás lo serán,
dueños de los ruiseñores
del poeta y del gavilán.

Mucho tiene que cambiar
la España donde ha nacido,
un pueblo sin libertad
acechado y perseguido.

Cumpliendo años 2

Los años de juventud
de dos décadas perdidas
para un pequeño huertano
que ser trovador deseaba

para cantarle sus versos,
a los planetas lunares,
naciones y continentes,
ciudades y pedanías.

Pero sí lo fue una estatua
de barro y envejecida
cumpliendo días y meses
semanas y tarde frías,´

con un martillo en la mano
lisiada y casi dormida
de darle golpes al hierro
que de la fragua salía.

En un yunque destructible
que respeto me causaba,
al pasar cerca de él
y ni verlo yo quería,

porque era la herramienta
la más odiada de todas,
que había en el taller
y a la que más le temía,

por los cuernos puntiagudos
que más bien me parecían
los de un toro resabiado
y empitonarme quería,

cuando un descuido tuviera
un menor de doce años,
más seco que un ermitaño
en una viaje herrería.

Como un terrón

Dedicado a Miguel Hernández, mi paisano

Ya no canta el ruiseñor,
el joven poeta cabrero,
sus versos al segador
y al flaco niño yuntero.

Aquel muchacho huertano
que siempre veía Miguel,
con un arado en la mano
y explotado hasta la hiel

por el cacique inhumano,
amo de la tierra mía,
y de aquel crío temprano
que trabaja noche y día.

Nace como un terrón
en el surco del arado,
con un cuerpo de varón
para la brega cuajado.

Nunca conoció otra cosa
que el azote de la hambruna,
los dos metros de su fosa
y los cambios de la luna,

los días duros del prado,
la hoz, la yunta y el frio,
y el sol cayendo en picado
sobre él en pleno estío.

Estudio alguno tenía
porque nunca fue a la escuela,
donde pobre nació un día
en la huerta de Orihuela.

Por no saber no sabía
que un menor tenía derechos,
pero el sólo tenía
bastas tierras y barbechos.

En cambio sí que tenía
el corazón más humano,
tesoro que ya traía
al nacer este huertano.

Coterráneo de Miguel
y también de Trinitario,
era aquel yuntero fiel
que su vida fue un calvario.

MERCEDES R. GARCÍA-OLÍAS

Se declara Mercedes cuentera desde muy joven; le gusta escuchar historias contadas por las mujeres y los ancianos al amor de la hoguera y de la lumbre, y a veces es poeta para poder comprimir el tiempo y el espacio. Nos ofrece las páginas iniciales de su primera novela y tres poemas de distinta hechura.

EL GUITARRISTA DE ESTRASBURGO

I

¡Quién sabe los pensamientos que bullían en la mente de su madre cuando decidió ponerle el nombre de Lucrecia!

Algunas mujeres de la familia tenían por tradición nombres raros y malafamados, pero lo llevaban con mucha gallardía; jamás se preguntaron el porqué, el peregrino motivo que articuló esos bellos y extraños nombres en el subconsciente materno a través de varias generaciones; casi ninguna hizo luego honor al simbolismo de su significado histórico o poético. Lucrecia no fue malvada, poderosa o cruel como la Borgia, aunque algo tuvo de hedonista, vivaz y nocherniega.

Le gustaba pasar con Julián la primavera y el verano. El invierno no; el otoño y el invierno le hubiera gustado pasarlos siempre junto a Jaime. Pero la voluntad de los mortales ¿acaso no es breve como un gesto de la mano o un soplo?

Julián era perfecto para el estío, un hombre complexo, deportivo, fuerte y extrovertido, activo y arrojado. Le gustaban el aire libre, el atletismo y las montañas, los horizontes difusos e imponentes que parecen invitar a grandes descubrimientos trasmontanos y a realizar hazañas heroicas e insensatas. El riesgo le estimulaba el cerebro y el juego le apasionaba; todos los juegos en que el azar te provoca vestido de diablillo jocoso y colorado, como apostarlo todo a un número, a una carta o a una mujer determinada. Era un eterno cautivo del numen de la apuesta ciega.

A ella le encantaba pasar la primavera con Julián porque era atlético, musculoso y vital. Su cuerpo olía bien cuando acercaba el rostro a su costado; su cuerpo era cálido siempre, hiciera calor o hiciera frío; su cuerpo era un sabor inconfundible; el sabor del aire, del bosque, de los manantiales.

Ella creyó tener una fisiología de reacciones lentas y pausadas, hasta que descubrió después los puntos álgidos, pero Julián se encendía a la menor sonrisa que Lucrecia le regalara, sobre todo cuando se entretenían en descifrar los secretos de sus más íntimas anatomías; juegos de descubrirse continentes en el ombligo, encontrarse jugosas frutas en el oído, tropezarse, mecerse en el nido de la axila complacida. Incluso luego con el paso de los años, cuando Lucrecia estrenó el camisón negro con pétalos dorados; dudaba ella si a Julián le fascinaba el fulgor del oropel o el arco de su cuello o la redondez de sus hombros; ¡era tan fascinante aquella duda, aquel misterio, el no saberlo!, pero es que también le trastornaba los tuétanos el otro camisón azul celeste, el que dejaba trasparentar el pecho bajo un fino encaje de blonda gris y se ataba en lo alto de los hombros con lacitos desmayados, el que le compró en Milán el quinto aniversario; Julián se embelesaba desanudando los lazos, primero uno, un seno al aire, de amazona, y luego el otro, despacito para que cayera al suelo escurriendo como una cascada de seda a lo largo del cuerpo, formando un charco azul radiante a sus pies descalzos. Cae como un peplos, le había dicho ella alguna vez, gozosa y entre risas. Solo el peplos de Afrodita se deslizaba así, decía Julián, y se arrodillaba para besarle el empeine de los pies, las piernas y los muslos.

Le encantaba gozar junto a Julián los inicios del verano sorprendente, redondo, obsesivo y los rigores absolutos, caniculares y hedónicos del mar; broncearse juntos o dormir acurrucados en la playa a la sombra del quitasol de brezo; invadir el agua cogidos de la mano, meterse y meterse mar adentro, rodearle cuello con los brazos y besarle para excitarle la sangre y hacer el amor dentro del mar, como los peces.

Julián no era torpe pero tenía un encanto norteño, montaraz y lobuno, un algo de tierras agrestes, boscosas; ojos grises, pelo castaño, cuello robusto, pecho extenso; había mucho de celta en sus facciones y a ella siempre le olió a cántabro el ser de su hombre de verano y primavera. No era torpe, pero sí arrogante, sincero y directo.

Se conocieron a finales de un verano en que regresaba Julián de un viaje dislocado. Venía de Estrasburgo sin rumbo definido, con el petate andurriero y mundano pleno de ropas viejas, aventuras y pequeños regalos. Los amigos le habían prevenido, "¡cuidado con ella, es demasiado independiente, a esa no te la trajinas fácilmente!"; aquellos amigos que compartían con Lucrecia un ático bohemio y destartalado en el corazón del viejo Madrid entre las Cavas, la avisaron que llegaría Julián; no te extrañes si aparece un tipo que viene de Estrasburgo, se llama Julián, le hemos dado nuestra llave para que duerna en el piso.

Ella preparaba exámenes de griego. Le incomodó bastante la llegada de un intruso al maldito pisito compartido con Fernando y los amantes locos, que pagaban un tercio de la renta aunque solo iban dos o tres veces por semana a media tarde a quererse sin fronteras ni tapujos, porque entrar en un hotel era lujo de burgueses, algo zafio que no hace un pareja verdadera; necesitaban únicamente esa habitación exigua de ropajes, mínima de dimensiones, desprovista de cualquier mobiliario que les distrajera de su pasión, de la necesidad de amarse; ese reducto minúsculo y privado donde poder respirar sus propios aires, sin mancillarse con el aliento ajeno, con la anónima tristeza o la alegría del resto de la especie. Podían ser los lunes, o los jueves, o cualquier día de lluvia, o una noche en que no se hubieran atrevido a salir las estrellas.

II

Julián había retrasado la partida porque quiso interpretarle a un amigo deprimido Recuerdos de la Alambra; porque su amigo era de Granada; porque estaba triste. Allí, en el centro mismo de Estrasburgo, tañía su infatigable guitarra española como si fuera factible sustraerle el demonio al tiempo cambiándole el espacio y bebiendo chiquitos de Beaujolais; como si fuese posible recrear por arte de música y ritmo un entorno granadí con todo y albarrana Alhambra al fondo, de testigo, con un fino amontillado y oloroso moriles en copia alta exquisitamente venenciado, callejeando los rincones moros aromados de jara y hierbabuena. Bien quería Julián lograr con su guitarra que despertara la mora eternamente velada y se asomara a aspirar el aroma de arrayanes. Pero no, y no. Era Estrasburgo y lo del amigo un flagrante adulterio con ruptura definitiva y tedio. Y a él no le quedaba un mísero franco en los bolsillos para volver a la España verdadera.

Así que tuvo que utilizar su encanto y persuasión para convencer a la señorita de la oficina Lufthansa para que le cambiase el billete adquirido tres días antes por otro de un vuelo nocturno más económico. Así que la

abordó inundándola con aquellos ojos agrisados que variaban a miel dorada por efecto de la luz; haga usted todo lo posible, señorita, y prometió interpretar para ella, solo para ella, el Concierto de Aranjuez, acariciando la guitarra que reposaba sobre el mostrador. La chica, rubia, angulosa y leve, balbuceó una negativa sorda pero no supo resistirse y mientras Julián interpretaba con gran fuerza los vibrantes arpegios del concierto, rellenó los documentos y se los entregó; hasta entonces nadie había rasgueado jamás una guitarra española en su honor; ese es un detalle que nunca olvida una mujer rubia, angulosa y leve. Los demás clientes de la agencia guardaron un silencio recogido y atónito, los empleados alejaron sus dedos crispados de los teclados de los ordenadores; enmudecieron las pantallas ante el barbudo celta, cuando sacramental y como nimbado por un halo druídico abordó con emoción y arte la obra de Rodrigo. Julián no omitió ni un solo compás para cumplir el compromiso pactado y concluyó la pieza, incluso después de que el bendito billete, como patente de corso, quedara flotando, efímero y silencioso sobre el mostrador.

Al terminar, volvió a colocarse la guitarra a la espalda, recogió el billete y extendió la mano hacia la rubia delgada y leve; ella le tendió la suya y Julián la besó, guiñándole a la par un ojo como colofón. La empleada fue a decir "¿vous êtes…?", y Julián añadió, español. No se sabe por qué el público prorrumpió en aplausos, quizás por el arte con que interpretó, quizás por el besamano o por el guiño picarón, o tal vez por haber dicho tan resuelto lo de español.

Así fue como en el vuelo nocturno 420 despegó Julián hacia Madrid. Durante el viaje entabló conversación con un loco astur que se instaló a su lado. Una casualidad le llevaba en aquel avión desde Hamburgo hasta Madrid, vía Strasburgo; se sentía secuaz del destino. Había sido primero legionario en España y más tarde voluntario en el desierto de Tassili. Eso sería hacia el cincuenta y seis. Enseguida se desabrochó la camisa para presumir ante Julián (que le había caído bien) de tener tatuados en el cuerpo casi cincuenta nombres de mujer en riguroso orden alfabético, desde Aixa hasta Zaidé. Le confesó orgulloso "a todas las quise mucho, pero en el mismo capullo llevo grabado solamente el nombre de Zaidé, porque a esa, amigo mío…. a esa nunca la olvidaré. Me lo grabé en el pijo para recordarla cada vez que me tiro a una mujer". Las cicatrices de heridas no eran todas de guerra; puede que alguna pequeñina sí, de cuando Argelia, pero las más eran de tajo navajero y daga moruna por andar buscándoles las faldas a las mujeres de otros, que las hembras de los demás son siempre las más apetecibles, las más deseables y el triunfo de ganarlas más macho que lograr una virgen.

Cuando el legionario le mostraba una cicatriz retorcida y gruesa en el costado izquierdo, sonó la voz metálica de la azafata inundando los angostos pasillos; en tono metálico, forzado y hueco, rogaba a los señores pasajeros que se abrocharan los cinturones de seguridad que iba a dar inicio la maniobra de aterrizaje. Y el fiero matador de moros, desflorador y bellaco tatuado le afirmó a Julián rotundamente "yo no me ato rediós; si esto se cae que nos vayamos todos al carajo" y se echó por encima los correajes sin engancharlos. Reconoció de inmediato que volar le daba un miedo cojonudo, pero estrellarse…. ¡eso sí que era una forma expedita y digna de morir!, y no escupiendo el hígado por la boca, como el borracho de su tío Rogelio en un cochino hospitalucho de Panamá.

Desde Barajas tomaron juntos el autobús que hace el servicio Aeropuerto-Madrid; todo el camino fue el truhán contándole aventuras de Tassili, donde los moros surgían de los médanos como topos y no había quien les acertara el tiro, ¡y mira que él era buen fusilero! ¡Puto desierto donde no se echaba uno una hembra a la bragueta durante meses, porque los moros las esconden en las jaimas y ni se las ve! ¡Bendito kif que les ayudó a olvidar, a soportar aquel sol rotundo, pegado, dibujado en el cielo con rencor, indestructible sol abrasador!

El trayecto se le hizo corto a Julián entre batallas de desierto, simunes, árabes fantasmas y lances de alcoba. Sin darse cuenta llegaron a Neptuno y allí se despidió el legionario con un ¡hasta siempre compañero! que a Julián le despertó recuerdos de su abuelo, porque cuando niño el yayo le relataba hazañas similares de la guerra de Cuba, donde lo pasó jodido, aunque la isla caribeña y sus hembras de colores le calaron hondo, hasta los huesos se le metieron esas mujeres; ¡vaya hembras las del pasado siglo! Había oído mascullar al abuelo entre dientes cuando creía que nadie podía oírle "yo solo fui un tío de verdad en el puto Caribe". Proezas de armas y amoríos salvajes, que tampoco fue manco el abuelo aunque no se hubiera grabado en la carne el nombre de cincuenta doncellas, ni siquiera el de la mulata cerrera Esmeraldina, sexo y bravura, que le trastornó por completo la sesera, haciéndole desertar y pasarse a los guerrilleros en medio de que aquella guerra cochina de emboscados sin cuarteles definidos; ¡menos mal que nadie llegó a enterarse y nunca se supo! Durante cincuenta días anduvo desaparecido; cuando se le pasó el enchuminamiento de tanto fornicar con Esmeraldina entre papayos y malangas, la mulata se largó con un mambís de ojos felinos, dejándole abandonado en aquel selvón infesto lleno de bichos; pero entonces encontró por azar su regimiento, fingió amnesia, locura y menoscabo de entendimiento haciéndose el memo, hasta que con una expedición de heridos y moribundos le repatriaron. ¡Vaya si tuvo gracia el abuelo, que consiguió cobrar pensión de combatiente con dos únicos disparos fortuitos, sacados a su mosquetón en toda la contienda, porque se la pasó la mitad del tiempo con malaria y cagalera y la otra mitad entre los mulos de cimarronas, mulatas y criollas.

En el pueblo se llegó a comentar que regresó de Cuba enfermo de sífilis; pero lo raro es que volviera, y vivo; otros que con él marcharon, reclutados de leva o voluntarios que iban a comerse Cuba o ponérsela por montera, quedaron enterrados en pantanos y selvas, en anónimas fosas colectivas, o fueron devorados por los auras carroñeros. Se curó pronto y con ardores de entrepierna, sin disimulos, cortejó a la hija de Mariano el herrero que era brava y siempre tuvo la color cetrina. A los tres meses, con feroz calentura de bragueta, se casó con ella y le endosó el mote de cimarrona en recuerdo de sus andanzas cubanas, si bien los del pueblo se barruntaban que se lo puso por las yeguas silvestres que cruzaban los montes cada año; porque Acacia la del Mariano, era caballona de anca firme y ubre prieta.

Hizo el recorrido a pie. Allí seguía Neptuno con aire de comodoro inglés que nunca llegará a almirante porque es un viejo prematuro; bordeando la plaza se encaminó, guitarra enfundada y mochila en ristre, hasta la Cava Baja, rebuscando entre los carteles viarios del viejo Madrid porque no sabía exactamente dónde estaba la calle Pretil de Santisteban.

NOTA.- Estas son las primeras páginas de una novela aún inconclusa.

Semanario de los dioses paganos
(mínimos poemas para cada día)

Lunes (Diosa Luna)
No quiero ser tan alta como la luna
ni ser tan bella como una estrella
quiero ser de carne y uña, de barro y agua
quiero ser tan azul como la Mar
y tan cautiva.

Martes (Dios Marte)
Me descubro
con júbilo depredador
de las esencias
enroscada en tus anillos.

Miércoles (Dios Mercurio)
Soy laberinto de malaquita
¿Cómo podré encontrarte, amor,
entre el verdor de mis vueltas y revueltas?

Jueves (Dios Júpiter)
Somos jugos de existencia.
Miles llorando, miles amando
miles naciendo y muriendo.
Dame tus labios en este experimento jovial
de dioses que parecen inmortales.

Viernes (Diosa Venus)
Su boca incita
impúdico aleteo en la cintura
y son tus dedos juegos
plumas de tucán, brillantes y solas.
¡Renace en la espuma concreta de mi vientre!
que no me es dado aún
conocer la magnitud de las estrellas.

Sábado (Día de Shabbat)
Cuando liban mis labios
los fuegos perpetuos,
del otro lado del gesto
la Nada lucha por ser Alguien.

Domingo (Día del Señor)
Se ha extraviado en un brillo del espejo
la solitud que empapaba tu camisa,
y así fue cimbel mi amor junto al río.

Vive corazón

Cabalga, corazón potrillo, a lomos de las estrellas fugaces.
Y luego, despuntando el primer albor de la mañana
date al galope.

Palpita, corazón tamborilero, en la caricia de la noche.
Y luego, sumido en la locura del tacto estremecido
date a la fuga.

Navega, corazón corsario, hasta la mítica Cólquide.
Y luego, conquistado el preciado Vellocino, oro en las manos,
date a otros mares.

Murmura, corazón amante, palabras inefables en mi oído.
Y luego, apurado el elixir de un beso frutal
date al olvido.

Ama, corazón de jade, este ahora incorruptible.
Y luego, refinado el gozo en cuatro puntos cardinales
date al camino.

Vive, corazón de seda, este instante infinito.
Y luego, amainada la tempestad del verso, libre al fin
date al viento.

Bruma marina

La blanca bruma sobre nuestros cuerpos
caía, se derramaba tenue
empapando la piel
cuando besaba tu pelo y el aire
de misteriosa textura
rendía el perfumado tributo del silencio.
¡Cuánto embate de ola y espuma
se batía en nuestros cuerpos tendidos!
Era todo fervor, entrega
y el velero, crujido levísimo
estremecimiento puro
tajamar y locura bajo el cielo
de qué modo tan solitario vigilaba
nuestro amor errante
y se perdía en la lejanía.

JULIA DÍAZ CLIMENT

Anchuroso pecho de paloma el de Julia, que ama intensa, solidariamente a los seres humanos; les canta y les llora, protesta y se indigna.

Mediterráneo

Cántame
siempre lo haces
retozas en mi sangre mortal mientras hambreas
la humana fragilidad del latido pequeño que te habla.
Tú, inmenso como eres
desatas tu lengua de sal sobre mi cuerpo
lo encadenas al cielo
para gozar de mí cuando palpito
lamiendo el mundo, el amor y la muerte.
Algunas noches
cantas con tu lira de espuma
forjas canciones tejidas con arpegios de ola
y siendo amante cautivo de la luna
amas a las dos
¡cómo no hacerlo!
Una te envuelve con su piel de arena
con sus senos poblados
de voces y de hijos
otra, tan lejana e inmensa
te excita, invoca tus mareas
rotando estéril con su desnudez de páramo
extendiendo su manto de cristales y leche
besando con su nívea luz
tu salitre en la noche.
Toda la oculta oscuridad del agua es suya
más nunca jamás podrás tocarla.
Sin embargo nosotros
criaturas que vamos y venimos
hijos de la Tierra
que albergamos un instante de luz
solo un instante
morimos devorados por infinitas fauces
que nos tragan y escupen
fauces de redondos colmillos y blanca efervescencia.
Sí, cómo no temerte cuando bramas.
¡Y cómo no amarte!
cuando entregas tu pacifico pecho
susurrando tranquilo las palabras secretas
que cada corazón y cada alma conocen.

Gracias por ser río y universo

tambor de sangre y sol que se derrama
gracias.
Gracias por ser fruta y por ser árbol
por dejarme en el vientre a las semillas
gracias.

Gracias por la risa que soy y mis dos manos
las que agito en el viento y me dan alas
las que bajando al mundo se hacen puños
gracias.
Gracias por los ojos que miran a mi hermano
por la lágrima azul que me acaricia
por los sueños que nacen y resisten
por el clamor del hombre
y por su grito.
Gracias,
gracias por tener en el alma una guitarra
un corazón de yunque y barricadas
unos brazos pequeños donde caben
todos los hombres libres con sus patrias.
Gracias
gracias por saber que la patria es solo un gesto
un abrazo sincero y decisivo
gracias.
Gracias por dejarme la luz y la alegría
la ventana y las puertas que se abren,
por las flores que imitan a la estrella
por dejarme saber del infinito
gracias,
gracias por mi vida
gracias.

Dime

ando confusa de hombres y de huesos
de héroes y banderas
de sangre que me roza y me sustenta
de pueblo mundo.

Dime
porque los amo
yo sé que quizás sólo es un sueño
pero crecí enamorada y fiera
labrada en el granítico pecho del guerrero
bajo su sombra ungida de tuétanos y balas.
Asida a su ramo de luz
a veces me nacen alas de paloma
anido en su clavícula ancha de esperanza
y enloquezco en sus ojos para mirar el mundo
y entonces, el justo se agiganta
y los niños juegan
y yo beso su barbilla erguida
la audaz atalaya
la valiente quilla en que navegan
mi boca y mi garganta
para cantar sus manos y su barro
con todas sus batallas
y todas sus banderas.

Dime, dime entonces
porque has de saber que yo
LOS AMO.

Tengo la decisión y el miedo,

-todo junto-
el espacio humilde e infinito de mi boca
para cantar palomas.
Las hachas se marchitaron hace tiempo
mucho tiempo royéndome las alas.
Quiero hablar y que me entiendas
cantar y que me escuches
aunque me cueste la vida
y las noches en que tu ira
no encuentra su descanso.
Quiero estar en tu fuego
en la rabia que me das porque no miras,
alguien te arrancó los ojos
y solo oyes el odio
mas no puedo evitar quererte
saber que tú eres mío,
recoger tus lágrimas
tus gritos, tus graznidos,
tus golpes que no saben a nada.
Te escondes en la patria
detrás de las banderas
pero yo te conozco
siempre te he reconocido
eres el hijo, el hermano, el amigo
eres al fin un hombre
puede que un monstruo
como yo lo he sido
como soy ahora si me miro
mas no puedo dejar de estar contigo.
Mientras los abominables conducen a los pueblos
nosotros vomitamos su locura
su pesadilla de siglos
sus odios sobre el mundo.
Los abominables
se alimentan de vómitos y golpes
los tuyos y los míos
por eso hoy, aunque quiera
aunque fuera lo políticamente correcto
no puedo odiarte,
buscaré a tu madre, a tu esposa
a la hermana que quizás nunca has tenido
y sembraré mis palabras
en el quicio humilde de tu casa
de mi casa
para volver a ver, a amar, a vivir,
a tejer alas contigo.

MANUEL PARRA POZUELO

Con gran maestría y finura estilística Manuel Parra se revisa poéticamente a sí mismo, y a la historia, siendo además un ensayista que ha profundizado en la vida y obra de Miguel Hernández. Como muestra nos regala un breve ensayo (uno más de los muchos) sobre el poeta oriolano y dos poemas.

Difícil trayectoria

¿Para qué recordar
lo tantas veces muerto?
Paisajes y esperpentos
que insomnes nos acosan
como un voraz incendio,
es todo interminable campanario
repicando siempre.
¿Para qué retornar
a lo que tantas veces
irreparable fuese?
Ahora, Manuel,
aprieta el paso,
mira con gratitud
lo que aún existe,
pero en vez de tornar
a lo pasado,
mira tú hacia adelante,
imagina las horas
de los días que vendrán,
no temas lo que fue,
despójate de túnicas,
olvida el resplandor de otras mañanas,
eres tú el que te espera
tú eres el caminar hacia el futuro.
Lo demás sobra.

Antropocénica

Es hoy nuestra era,
porque el hombre la mancha
y la conturba,
y el terráqueo solar
está empapado por plantas
que nunca se detienen.
Hemos ido llenando el universo
de huellas incesantes,
hemos ido mordiendo,
con pisadas inmensas,
hemos ido dejando
el rostro interminable
de nuestro caminar
por todo el orbe.
No se podrá borrar
para siempre el destino
del que fuese impoluto
y tan naciente globo,
al que llamaron tierra,
y hoy es morada
donde el hombre habita,
casa del hombre
que moldeó a la tierra
hasta hacerla a su imagen,
por eso es hoy antropocénica era
y como el hombre está
manchada y vieja.

LAS PRIMERAS OBRAS DE MIGUEL HERNÁNDEZ Y SU RUPTURA CON RAMÓN SIJÉ

Ramón Sijé

El 30 de octubre de 1940 en Orihuela, una ciudad agrícola y clerical, vino al mundo Miguel Hernández, en un hogar no miserable sino humilde, el periplo escolar de Miguel se inicia en un Colegio de párvulos, en el que está hasta 1919, pasando después a la escuela del Ave María, regentada por don Ignacio Gutiérrez Tienda. Tras permanecer varios años en diversos colegios de su ciudad, obteniendo las mejores calificaciones en el Colegio Santo Domingo, donde estaba matriculado en primer curso de bachillerato, en el mes de enero de 1925 su padre lo saca del colegio para dedicarlo, al igual que a su hermano Vicente, a las labores de pastoreo.

A los diecinueve años en El pueblo de Orihuela, dentro de la sección "Colaboración espontánea" publica su primer poema Pastoril, esta primera aparición en la prensa local, facilitada por su amigo el panadero y vecino Carlos Fenoll, continúa con otro poema escrito en lengua dialectal murciana titulado "!En mi barraquica!", así como "Nocturna", "!Marzo viene¡", "Amorosa", "Orihuela", "Sueños dorados", "Interrogante", "Postrer sueño", "Plegaria"," Balada de la juventud", "El árabe vencido" "El palmero" "Carta completamente abierta a todos los oriolanos". Este último poema es, en realidad, una solicitud de ayuda económica para la publicación de un libro suyo que considera imprescindible para el inicio de su carrera.

Otra revista literaria de su ciudad fue Voluntad, aparecida en 1930, Miguel envía su soneto "El nazareno", que es su primera publicación en esta revista, e inicia así la que sería su amistad con Ramón Sijé, el 15 de junio de 1930, aparece su poema "Motivos de leyenda", junto a un artículo titulado "Pastores poetas", de José María Ballesteros, en el que se incluye una referencia a Miguel Hernández. Esta revista publicaría su último número el 30 de Agosto de 1930.

El 25 de febrero 1928 se publica el primer número del semanario Actualidad en el que. Miguel publica varios poemas, entre ellos: "Horizontes de mayo", "Ofrenda", "El alma de la huerta".

La revista Destellos cuyo principal impulsor fue Ramón Sijé y su primer número apareció el 15 de noviembre de 1930, con el subtítulo "Periódico literario quincenal" incluyó en sus páginas varias colaboraciones de Miguel Hernández, entre ellas, "Canto a Valencia", que obtuvo el premio del Orfeón Orlicitano, en marzo de 1931. La obtención del premio confirma la creencia en sus posibilidades del poeta cabrero.

Miguel, sin mucha convicción, acepta la presidencia de las Juventudes Socialistas de Orihuela, mientras adviene la Segunda República. La revista El Gallo Crisis comienza a publicarse en junio de 1934 y lo sigue haciendo hasta mayo de 1935, en su número 1 Miguel publica "ECLIPSE- celestial" y "PROFECÍA- sobre el campesino". En el número 2 incluye el soneto "A María Santísima", y en este mismo número "LA MORADA- amarilla" dedicado a María Zambrano. En los números 3 y 4 se publica "EL TRINO- por la vanidad". En el último volumen, en los números 5 y 6 aparece el poema de Miguel "El silbo e afirmación en la aldea".

La repercusión de estas obras fue, en verdad limitada, sirvió sobre todo para dar a conocer a Miguel Hernández en su tierra y para posibilitar su presentación en Madrid. Por otra parte, en 1935, tiene lugar su crisis espiritual y mientras Ramón Sijé se encuentra cada vez más entregado a un catolicísimo tradicional, Miguel se aleja cada día más de esas creencias. La ruptura entre los dos amigos es cada vez más inevitable.

También Lucía rememora aquí, en un soneto, a Miguel Hernández y nos aporta en esta revista tres sonetos más impregnados de nostalgia; la silva y el soneto no tienen secretos para ella.

Versos de Miguel junto a los míos

El tren de los heridos ha llegado
con la voz de Miguel gritando al viento
que su canción primera fue un lamento
de cada hombre, con garras y encrespado.

Y llamo a los poetas a su lado,
y con su canción última, yo intento
abrir toda su casa en un momento
para que entren y vean, que la han pintado.

Son versos de Miguel junto a los míos
los que en éste poema se divisan
y el tren de los heridos va el primero.

Y es la voz de un poeta sin vacíos
la que escucho entre vientos que me eclipsan
mas lo digo como algo verdadero.

A pesar de los años que han pasado

A pesar de los años que han pasado
late mi corazón con alegría,
y sigo a mi razón día tras día
desde tiempos antaños, a este lado.

Harta de desengaños he quedado,
y tengo una desazón que no tenía,
y un cuerpo de armazón que me chirría
y los sueños extraños que he soñado.

Y, aunque la edad me siga consumiendo
nunca me alejaré de mi cordura,
mientras mi corazón siga latiendo.

Mas esta es mi batalla y mi tortura
que con tanta razón estoy viviendo,
al resignarme a tan gran desventura.

Conjuro al silencio

Yo quisiera saber cómo se duerme
en una noche entera dando vueltas,
escuchando el tic tac con las revueltas
de un reloj que no para por joderme.

Y cuando el sueño logra entretenerme
ladridos de can como balas sueltas,
atraviesan mis sienes, ya disueltas
y salto de la cama al sorprenderme.

Y la noche siguiente se presenta
cómo otra de los días anteriores.
Y hace falta tener muchos riñones,

con ésta algarabía tan violenta
que limita mi sueño a sinsabores,
mas conjuro, al silencio sin sermones.

CUADERNILLO DEDICADO AL ARTISTA OMAR ARRÁEZ

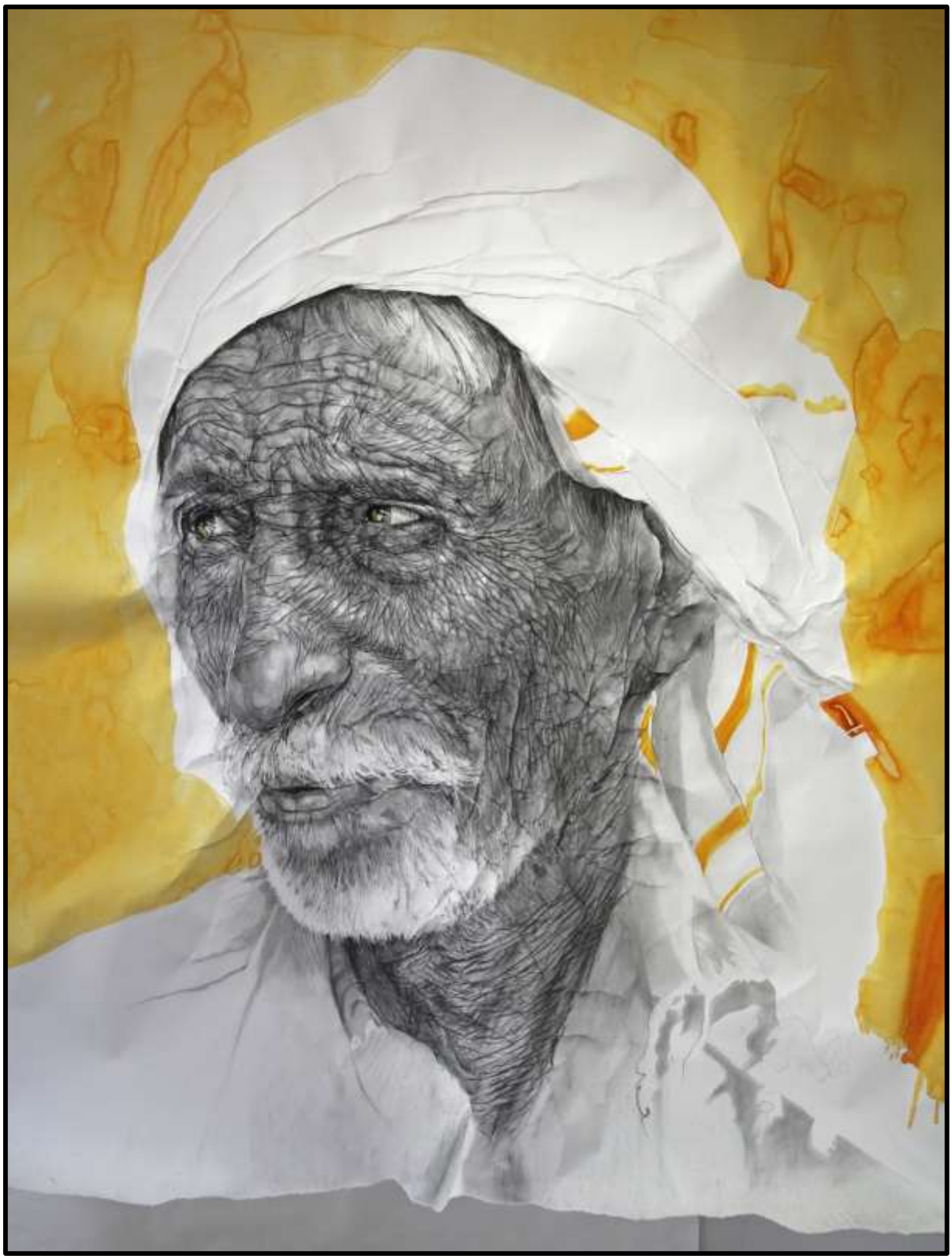
He aquí al artista ensimismado, en una calle que parece solitaria y sucia de una ciudad cualquiera.

A sus espaldas reluce la blancura de la nada, útero o matriz donde el creador imprimirá y plasmará vida.

Mirada que traspasa

Dos Carbunclos templados en oliva.
Rescoldo de un fuego inacabado.
Dos rayos que prometen convergencia,
salvando las arrugas del pasado,
en un soñado puerto,
donde una justa calma
se traduzca en reencuentro.
Dos cabos que descuelguen, desbordante,
la pasión del volcán que ruge adentro:
represión, con maromas,
en bardas de desiertos;
parias de miseria, nunca saldada;
insumisión de ancestros.
Opacidad de dudas
en sosiego de ensueño.
Meditación solemne.
Visión de un más allá.
Oración en silencio.

Juan Ramón Prieto



ARJUN, TAXISTA DE TIKAMGARH (INDIA). 2016

No se sabe si allá lejos

en la India
o aquí en el papel
la experiencia y la sonrisa
solazando mis ojos
el sol de una vida antigua
sol que te muerde suavemente
fácilmente sugiriendo
buena vida con muy poco…

Alfonso Rodríguez Sapiña

PINK WLADIMIR. 2017

Mensajes en el rostro

Al mirar éste rostro envejecido
veo en él, multitudes de paisajes
con abruptos caminos y mensajes
y tantísimas guerras, que ha sufrido.

Es la Faz, de una madre en el olvido,
sin cariño, sin paz, y sin encajes.
y en sus ojos, las penas son salvajes,
más llegan hasta mí, y me han conmovido.

Al mirar éste rostro, que aquí posa
descifro sus mensajes tristemente
y atisbo a los infiernos que lo surcan.

Faz de madre, olvidada y dolorosa,
juventud, que entre arrugas inocente,
vive cuantos pasados la desturcan.

Lucía Espín

SHALEENA, MUJER DE BENARÉS. 2016

África, matria mía

Voy a contar la pequeña historia mía que he recuperado al instante con sólo contemplar el espléndido rostro de Dilys, esa mujer africana de Ghana, que Omar Arráez ha realizado.

Era yo entonces una chiquilla que vivía en Africa, matria mía. En un pájaro de hierro viajábamos hacia España; un viaje de tantos. Era un vuelo de muchas horas sin escalas, pero algo pasó… y hubo que aterrizar en el aeropuerto de Accra. Algo pasó, he olvidado qué, o tal vez nunca me lo dijeron para no asustarnos; quizás, conjeturo, alguna anomalía técnica. Tuvimos que hacer noche y pude conocer a esas mujeres magníficas por las calles de la capital, con sus hermosos clotes de vivos colores, sus turbantes y un movimiento gracioso de caderas.

Los ojos de Dilys son extraordinarios, tal como se reflejan en ese retrato; llenos de vida, de calor y sufrimiento, con chispazos de alegría, pura esencia africana.

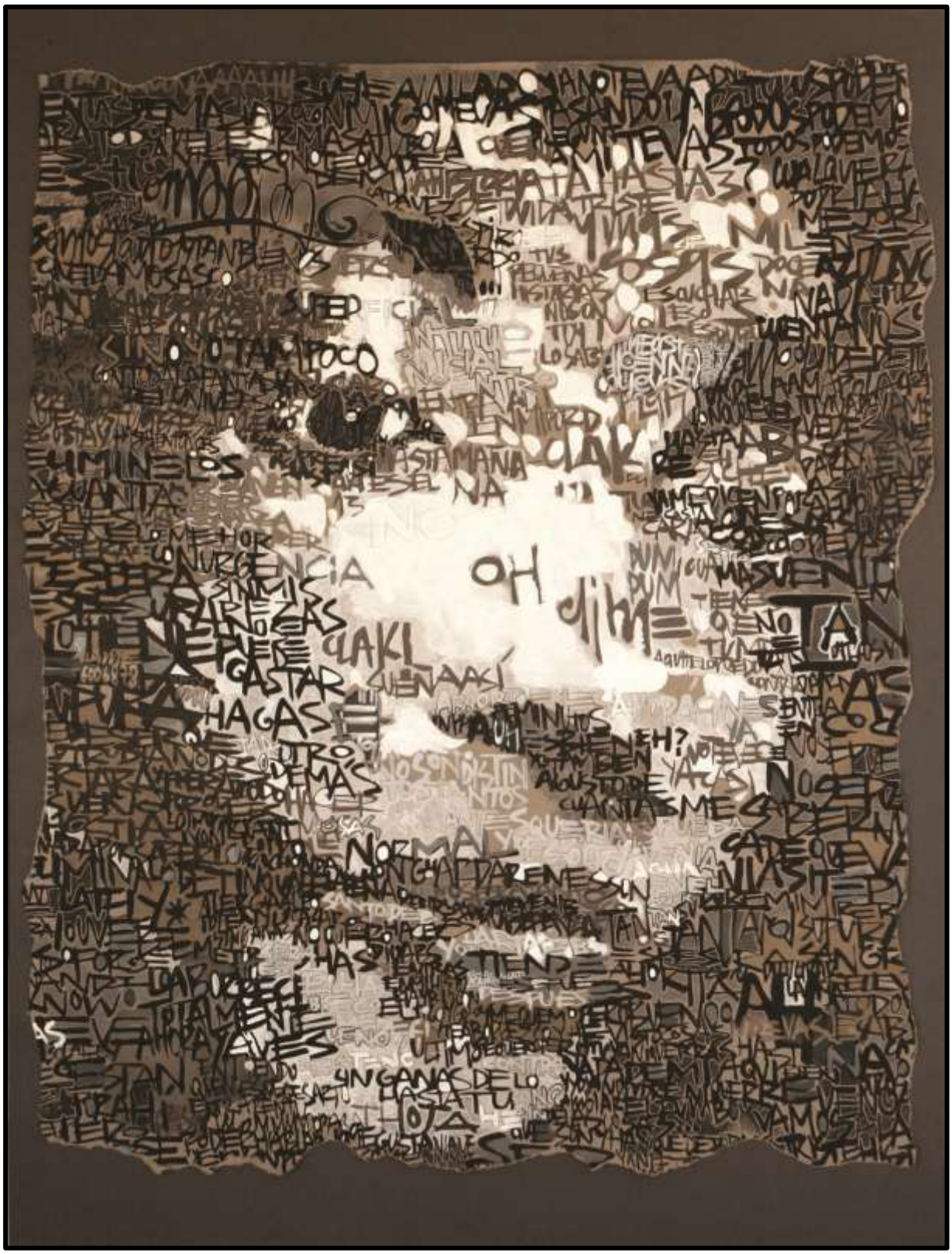
Me has traído, Omar, en cada pliegue de ese rostro toda la historia de África y un temblor de felicidad y de dolor (por lo lejano ya y lo perdido) me ha embargado tanto, que vuelve el perfume de África, el sol, las lluvias tropicales y lo mejor de mi infancia que se hallaba sin duda sepultado en mis entrañas.

DILYS, MUJER DE BOLGA (GHANA). 2016

Abre los ojos

y todo son palabras
océanos de vocales sitiadas por su rostro.
Las consonantes hieren
y escrutan su mirada.
Tú, la trajiste al lienzo
y desde allí nos mira.
Ella lo sabe, tú lo sabes
el mundo son sólo palabras
voces que navegan y crean cuanto escribo
cuanto pintas, cuanto dibuja el alma.
La Tierra está preñada de palabras que gritan
que transitan la vida
y el rostro de la joven
infinitos signos y códigos que hablan.
La joven que callada entrega su mirada
sus labios, sus silencios
la luz de las palabras.

Julia Díaz Climent



CARA

Soneto al Cuadro de la portada, “Melancolía”, de Omar Arráez

Análisis de la melancolía

Melancolía de los días perdidos.
Melancolía de los días gastados.
Melancolía de los cielos nublados
y de sueños tal vez no vividos.

Melancolía de los besos sentidos.
Melancolía de los besos no usados.
Melancolía de los pasos mal dados
y recuerdos, nostalgias y olvidos.

Melancolía del tiempo que rueda.
Melancolía del tiempo que queda
y persiste en seguir todavía.

Melancolía. Cosas que existieron
y que otro día desaparecieron
no son dolor, que son melancolía.

Francisco Alonso Ruiz

FIN DEL CUADERNILLO DEDICADO AL ARTISTA OMAR ARRÁEZ

COLABORACIONES POÉTICAS

Andando y pensando

«Andando y pensando. Caminar despacio, lentamente […]. Y de pronto, en la sobrehaz de la conciencia, una lucecita, un estremecimiento, una vibración…»

Azorín, *Andando y pensando (notas de un transeúnte)*.

A mi espalda debió de andar la sombra
que hombro con hombro luego ha ido conmigo,
que ahora, en pos yo al fin, mi rumbo alfombra…
Y, así, ¿cómo invocar mejor testigo
para fe del esfuerzo en la jornada,
para fe del deleite que persigo?

Conforme da en volvérseme alargada
esta silueta que ante mí camina
con pujanza, de cierto, en retirada,
la tarde por mis ojos ya declina,
mas quizá se demore aún un tanto
el ocaso en teñir la noche endrina.
¿Y quién sabe qué puede traer?, ¿cuánto
de insospechado en sus postreras horas
querrá alumbrar el día que adelanto?

Memoria apenas logro hacer ya… Huidoras
leguas y leguas desde el alba anduve:
si andante yo, al punto ellas corredoras;
como el confín aquel envuelto en nube
también —y es más: volando— ha de ser ido,
vengador de los tedios que entretuve.
Pero aún de su luz no me despido:
queda un rato de sol y esconde acaso
ese instante, ese hallazgo nunca intuido.

Pues concluye el camino solo al paso
último, aguardo asombros todavía
más allá del paisaje que rebaso,
ya cuesta abajo, hacia la vega umbría…

Julián Gómez de Maya

Desalojando los sueños de la noche

Polvos de detergente
disueltos en leche
que sólo saben a incienso
y al serrín del tabaco
donde el humo es un hilo blanco
alrededor del agua caliente,
e inflaman las gargantas de piedra.

Tu trenza de esparto
sujeta la pinza del pelo de madera;
tus pies se clavan en la arena
del asfalto sedante de tus huellas;
las burbujas, vacían tu estómago
depositando en latas de aluminio
el vómito coloreado de sangre.

Los propietarios del mensaje enfermo
beben café como cisnes borrachos,
y corren a pedalear sobre las flores
entablillando sus ojos desnutridos,
prescindiendo de la espuma de las hojas
que todavía no han llegado a tener el alma
que tejen unos dedos fríos,
prolongaciones del cuerpo, enfangados
con las agujas del tiempo vivido.

José Manuel Sanrodri

Ríete

Ríete mi amor
sí…
ríete mucho.

Lo nuestro siempre fue
una pasión incontrolable,
depositando en nuestros cuerpos
un volcán de besos y caricias…
así, nuestro amor comenzó.

Ríete mi amor,
no dejes nunca de reír.

Quiero que cuando estemos juntos,
acariciándonos riamos contemplando
el firmamento cuajado de estrellas.

Ramoncita Ruíz Moreno

Entre lo nuevo y lo que ya fue dicho,

mi germen.
Más allá de la hermosura de besos insondables
más acá del cariño por la bruma enaltecido;
una cicatriz honda que en el centro de mi pecho porto,
una llave gloriosa que tus ojos saben,
la montura descarada que cabalga en libertad,
la presencia de la amada
mi locura.
Abiertas son las puertas al aire y la enmienda de la calma,
la futura desnudez de un cuerpo incipiente
con derroches de mentira
con los pies del alto pino
sabiéndose natura y herida profunda.
Lleva este hombrecillo el arte por capota,
el velo de la duda,
la insigne marca de una poesía apenas difusa
mi soltura.
Tremenda dosis del cuerdo capitán autodidacta
del apátrida en algún lugar nacido,
ese que arremete ante la ley
y cubre todo con piedad, de vieja ventura.
Lo que vuelve con pasos de gigante
a posarse despiadado con la lividez de la ceniza
sobre la espuma boyante de un cuerpo primero,
trae consigo las ganas de ser alguien,
de ser y con ello parte la dicha, parte el infortunio,
las mil noches que junto a doradas agujas guarda
el dormir tranquilo de un niñito caprichoso.
Se trata de la letra que fue luna
de las vísperas que presencias
de la cuna hecha de flores y fortuna,
envidiable es para el mundo su cintura
ese centro que contiene la insistente voluntad del renacido
el querer y saber expresar lo convenido,
el innombrable mote del artista
la senda culminante del eterno viajero;
siempre errante
siempre culminante
siempre errante
¿cuantas veces erraste?
siempre, errante.

Manu Villalba

EL RINCON DEL ARTISTA CACHORRO

Contar con la colaboración de un niño talentoso, Ramón García Pedrera, es un placer para todos nosotros.

Su fantástico cuento "**El niño que se perdió en un sueño**" nos demuestra cuanta imaginación cabe en la mente infantil, ¿Dónde se puede llegar si se dan alas e incentivos para seguir soñando? ¿*chi lo sa*?

Con tan solo 10 años, demuestra ser un estupendo e incipiente escritor, y según nos cuentan un gran lector, que siempre es el primer paso para la escritura. Por eso queremos felicitarle y darle las gracias, tanto a él como a sus padres por esta aportación. Ojala dentro de diez años podamos tener a un espléndido joven escritor y el honor de poder decir que la Revista AUCA fue quien le dio su primera oportunidad.

Luis S. Taza y Mª José Gisbert

EL NIÑO QUE SE PERDIÓ EN UN SUEÑO

Érase una vez un niño al que le gustaba mucho, mucho, leer.

Un día en su casa cuando se fue a la cama, se puso a leer, como toooodas las noches y de repente…

¡Se encontraba en el mar! Las aguas eran cristalinas y todos los animales estaban nadando como si nada.

El niño se dio cuenta de que PODÍA RESPIRAR.

Al poco tiempo vio una sirena y se puso a hablar con ella. La sirena parecía de aspecto amable, la sirena le dio un traje que si pulsabas un botón te convertías en sirena,

El niño aceptó y se lo puso; pulsó el botón y … Tuvo en unos instantes una cola de sirena.

Los dos se marcharon hacía el "Palacio de las Conchas Preciosas"

La sirena entró y le dijo al niño: ¿pasas o qué? Y el niño corriendo entró a Palacio.

La sirena le preguntó al niño cuál era su nombre, el niño le contestó que se llamaba Juan, y la sirena le dijo que se llamaba Marina y que ella era la princesa del reino de las sirenas y que sus padres eran Luís y María, los Reyes del Reino.

Los Reyes le preguntaron que quien era ese tal Juan, y el niño le contesto: "soy humano de Alicante, quería saber si me podía quedar en este reino"

El Rey se lo pensó y le dijo: "Claro que puedes, ahora que me acuerdo … queda un puesto libre para ordenar el Palacio y avisar si nos atacan los tiburones negros, que son un pueblo malvado de tiburones que quieren comerse a mi reino".

Juan aceptó el puesto libre.

Entonces un día Juan avisó de que atacaban los tiburones negros, se armó con fusiles y avisó a todo el reino, que enseguida prepararon catapultas y con eso espantaron a los tiburones negros, que huyeron lo más rápido posible.

El Rey nombró a Juan "Príncipe"… Juan se despertó y grito ¡¡¡¡¡ ERA UN SUEÑO!!!!

Al día siguiente "martes" Juan corrió a contárselo a sus amigos y fliparon de envidia y quiso llegar pronto a casa para poder leer más.

Ramón García Pedrera

Asociación Cultural
AUCA de las Letras

AYUNTAMIENTO DE ALICANTE